

NIPPUR

DE LAGASH

CAMINO DE LOS SUMERIOS

ROBIN WOOD
RICARDO VILLAGRÁN
SERGIO MULKO
LUCHO OLIVERA



50
ANIVERSARIO

Vol 19

CAMINO DE LOS SUMERIOS

EL BARCO

HISTORIA DE DOS HERMANOS

Y UNA MUJER

LA MUCHACHA DE LOS

SUEÑOS

LA ESPADA DE LOS MUERTOS

EL PUEBLO DEL PANTANO

HISTORIA DE LA VIEJA

REBELIÓN

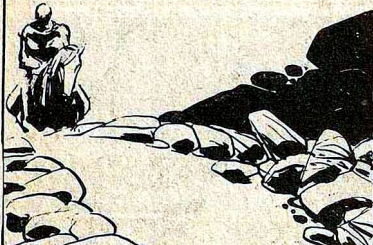
NIPPUR DE LAGASH

CAMINO DE LOS SUMERIOS

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

Camino de los sumerios, raza de mi raza, raza de los que han marcado su paso con monumentos de arcilla, y con sangre corrupta, pasajera y sin embargo tan valiosa, tan pura incluso en su hedor.



Roja sangre: ¿qué es después de todo sino vida? ¿Y qué es vida sino el más conmovedor monumento de ese terco insecto llamado hombre?

Camino de los sumerios, raza de mi raza. Las razas son como las mujeres. Todas parecen iguales y sin embargo cada uno de nosotros sabe que una de ellas es diferente, hermosa, pura y preciosa para nuestro corazón...



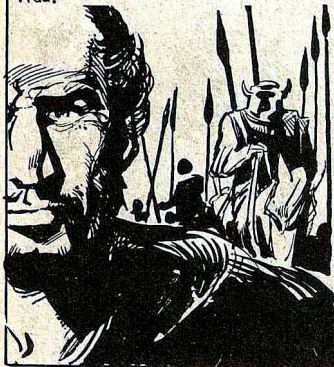
Camino de los sumerios...



Sí. Una caravana pero una caravana negra y pestifera, ondeando su desgracia en las puntas de las lanzas y en el estruendo de las grandes ruedas de madera que retumbaban sobre las piedras del camino.



Eran mercenarios. Hombres de cabellos crespos y ojos azules, de esos que vienen de las altas montañas que se extienden más allá del país de Hatti. Hombres sin patria. Hombres sin miedo. Hombres sin vida.



Y el prisionero... El era el único vivo en esa pesada y polvorienta cabalgata. Enjaulado como una bestia, cubierto de mugre y prisión seguía conservando un jirón rabioso de vida y de orgullo.



Me miró al pasar y entre esa mancha de polvo vi el relampagueo cerril de sus ojos. Hay hombres que miran como un rayo.



La procesión se alejó ignorándome. Me quedé allí mismo mirando la víbora de polvo que marcaba su paso. Todavía me quedaba la mirada del prisionero...



Luego vi al pastor que también había sido testigo del desfile, del otro lado del camino. Escupió rabioso en el polvo.



Perros mercenarios...

¿Quién es el prisionero, pastor?



Debes ser un forastero si no conoces su historia. Ese que pasó es Irkamides, el rebelde, el que se negó a rendirse.

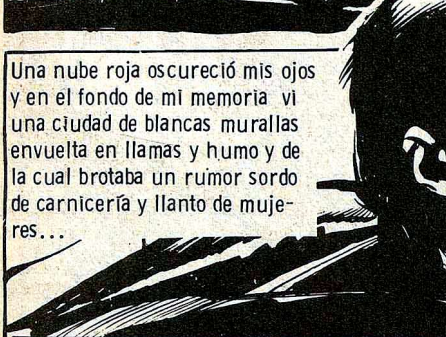
Hablas oscuramente.



Esos son los hombres de Luggal-Zaggizi, forastero. ¿Has oído su nombre?



Una nube roja oscureció mis ojos y en el fondo de mi memoria vi una ciudad de blancas murallas envuelta en llamas y humo y de la cual brotaba un rumor sordo de carnicería y llanto de mujeres...



Soy hombre de Lagash, pastor.



Apartó la vista. El también conocía la historia...



Perdona, amigo.



Hace tiempo que Luggal-Zaggizi echó el ojo sobre estas tierras y tras el ojo vino la lanza y la ocupación. Los ricos no protestaron pues los ricos siempre son ricos aunque el amo cambie.

"Pero los pobres se rebelaron. Tal vez por ellos, porque ellos están más cerca de la tierra la sienten como algo vivo. Ellos se sublevaron con piedras, con palos, con uñas, con dientes."



"Irkamides fue su líder. Peleó con lo poco que tenía y lo convirtió en mucho. Hizo nacer lanzas de los trigales y espadas de los pastizales. Los mercenarios aprendieron a temer al sol y a la sombra."



"Pero donde falló la fuerza sobró la astucia. Luranim, el enviado de Luggal-Zaggizi al frente de las tropas, decidió utilizar la astucia. Y una mujer."



"Y allí tienes el resultado. Irkamides, el imbatible, fue atrapado por un par de ojos bonitos, confió en ella y ahora está enjaulado como una bestia camino de la muerte..."



Amigo, me pregunto si no estaremos viendo el fin de los sumerios. Los mercenarios, un día, sólo deberán barrer del trono a quienes los contratan y sentarse en él.



Me quedé mirando la víbora de polvo y recordé los ojos brillantes del prisionero. Por fin...



¡Eh! ¿Adónde vas?
Sigo mi camino.

Pero ¿no ibas en la otra dirección?

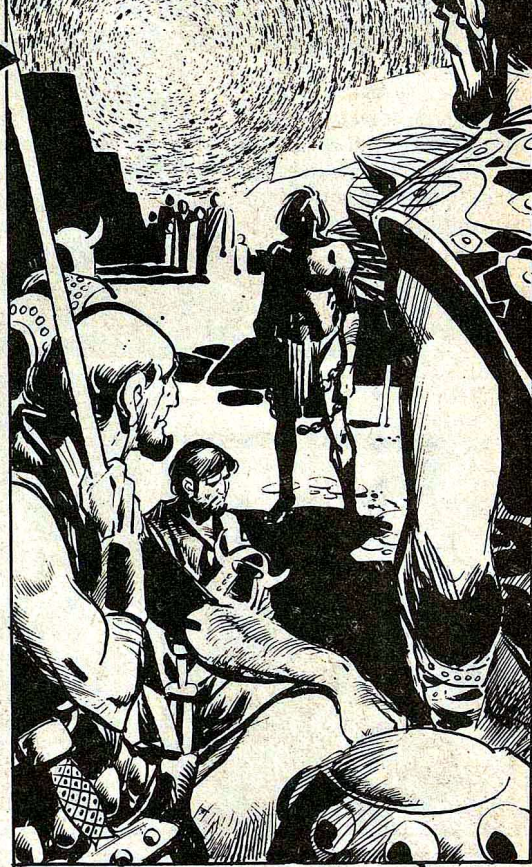


¿Iba yo? No lo recuerdo.

(Extraño viajero, ¿Quién es el que viaja tan cargado de armas y cicatrices? No un hombre de paz por cierto...)



El prisionero se erguía en el medio de la plaza bajo el sol, desdenoso y cargado de cadenas...



Luranim, el astuto, lo observaba. El no era un bruto sino un hombre tranquilo y frío que se interesaba sólo en el resultado de sus acciones. Y el resultado de ésta era satisfactorio.



Junto a él estaba la mujer de ojos de serpiente. Ella observaba a Irkamides sin parpadear, helada y extraña. Adiviné que ella había sido el arma del hombre astuto.



Irkamides, has cometido acto de rebelión contra tu señor. Yo...



No conozco de ningún señor que me pida cuentas. Y menos aún de señor que inunde mis tierras sumerias con carroña mercenaria...



Irkamides, tú pagarás tu rebelión con la vida. De aquí a cinco lunas. Al levantarse Samás por quinta vez sobre las montañas serás purificado por el fuego y por el bronce.



¿Purificado? ¡Mira esto, tirano! ¿Sabes cómo se llama?





¡Se llama Sumeria! ¡Cuidate de él!

Adiviné que Luranim acababa de arrepentirse de haber juzgado al rebelde en público. Tras el grito iracundo reinó el silencio. Y nada es más extraño ni más agorero que un pueblo que guarda silencio...



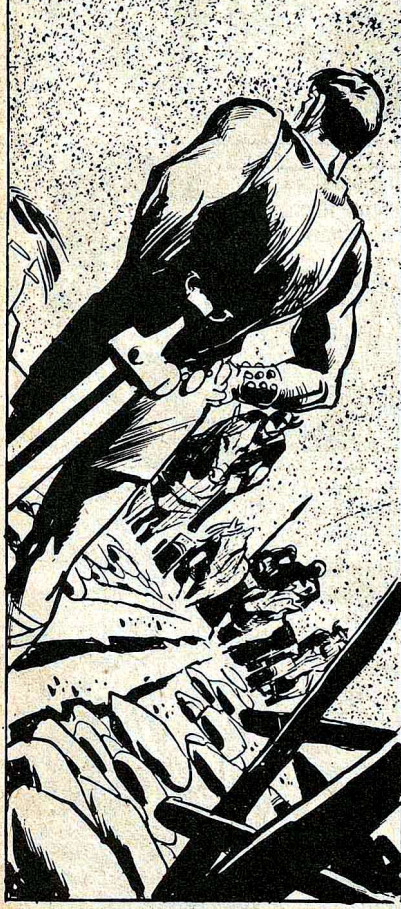
Y entonces tomé una decisión.



El carruaje avanzaba estruendosamente sobre la calle polvorienta. Miradas como flechas lo seguían...



Entonces salí y me planté en el medio de la calle.



¡Eh, tú, perro sumerio! ¡Sal del camino!



Es extraño. No veo asnos y sin embargo oigo rebuznos.



Rebuznos, ¿eh? ¡Yo te enseñaré cómo se rebuzna!



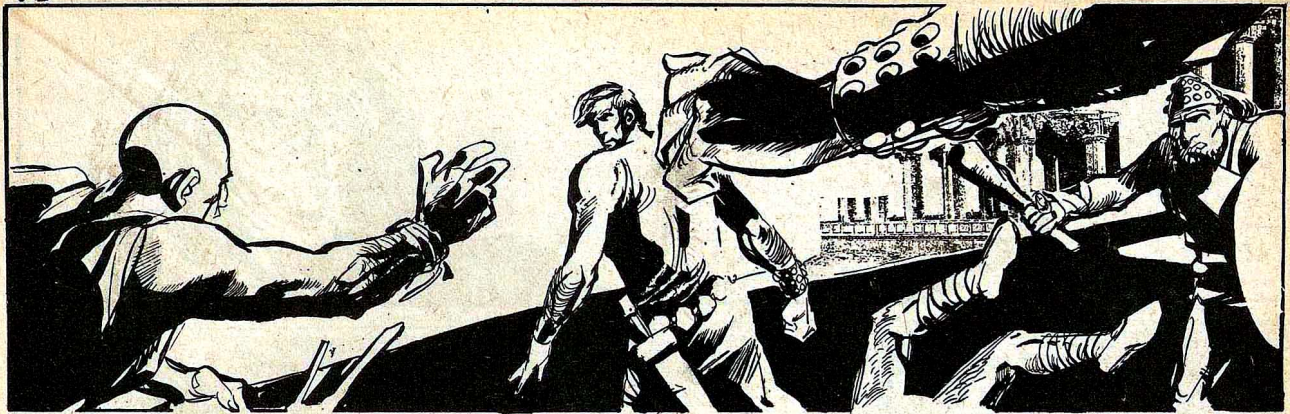
Pero...



Era un hombre acostumbrado a dar azotes pero olvidó que a veces hay hombres que pueden devolverlos.



¡A él!



Eran hombres duros pero yo no he nacido de la espuma y me sobran fuerzas para hacerles lamentar su nacimiento y desear su muerte.



Bien, alegres compañeros. ¿Ha sido eso todo?



Basta. Acércate, guerrero. ¿qué buscas con toda esta exhibición?

¿Y no podrías hallar una manera más razonable de buscarlo?



Busco trabajo, hermosa dama. He oído que tanto tú como tu noble señor necesitáis guerreros.



¿Qué mejor manera, hermosa dama? Ya has podido apreciar que no exagero al asegurar que conozco mi oficio. Y si no preguntale a tus soldados.



Ella rió con los ojos brillantes. Su enano, agazapado a su lado me observaba pensativamente.

Ven conmigo, forastero. Creo que eres un hombre práctico.



El enano me observaba pensativamente...



(Bien... Ya estoy dentro de la cueva de la fiera. Ahora debo buscar la manera de liberar a Irkamides...)



Pareces pensativo, Nippur, hombre de Lagash.

¿Me conoces?

Me observaba sardónicamente con sus ojos brillantes como los de un gato y su cuerpo contrahecho y lamentable...

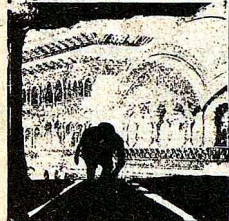
Ah. Te vi hace ya mucho tiempo en la feria de Ur. Tengo una larga memoria, ¿sabes? y tú larga fama.

Vacilé confuso. El homrecillo grotesco parecía no temerme y si en cambio sopesarme cautelosamente.

¿Sabes? Creo adivinar lo que te ha traído aquí, hombre de Lagash y creo que te sobrevaloras si crees que puedes hacerlo solo.



Pero ya su silueta lamentable se había perdido en las sombras bamboleándose grotescamente...



Eso despertó su interés y me miraron con un poco de benevolencia. Un gigantón con músculos como ruedas de carro se puso de pie.

Yo.



Pero entre los mercenarios de Luranim hay diez hombres que te podrían ser útiles. Se llaman los Diez de la Montaña y los reconocerás fácilmente. No son queridos y han sufrido muchas humillaciones. Acércate a ellos.



Tal como el enano me lo dijera, me resultó fácil reconocerlos. En el patio de armas estaban apartados de todos, vestidos de pieles, cetrinos y hoscos. Me acerqué a ellos.

¿Quién es vuestro jefe?



Como veo que sois de los que comprenden a los golpes, te zurraré a ti primero y luego hablaré con el resto.



Y conociendo tu fama me extraña mucho lo que has hecho, Nippur. Tú no eres un mercenario. ¿Sabes? Yo creo que sé lo que tienes en mente. Creo que lo sé.



Sentí cómo mi plan se derrumbaba y llevé la mano a mi cuchillo. El enano sonrió...



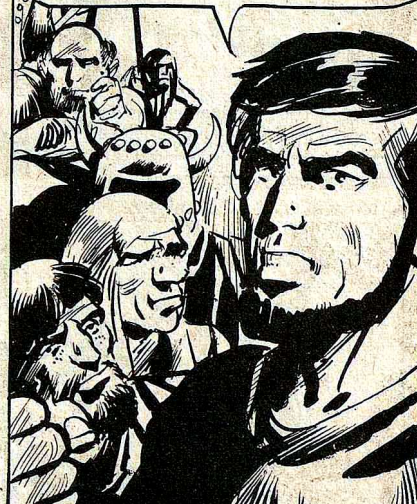
Deja el arma, Nippur. Si hubieras querido delatarte ya estarías colgando de un garfio en los sótanos de Luranim.



¿Por qué me dices esto?

Ninguno respondió y ni siquiera parecieron oírme. Uno de ellos escupió como al descuido y certeramente acertó en mis sandalias. Eso me enfureció...

¿Quién es el más fuerte entre vosotros, cerdos?



Sonrió encantado...

¿Zurrarme?



Y un segundo después comprendí el por qué de su sonrisa...

¡Uffff!



Dos golpes como mazazos me hicieron rodar por tierra casi sin darme cuenta. La fuerza que se acumulaba en aquellos brazos de roca era tal que lamenté haber prometido tanto...



Por fin conseguí plantar un golpe. Calculé que aquello destrozaría su mandíbula...

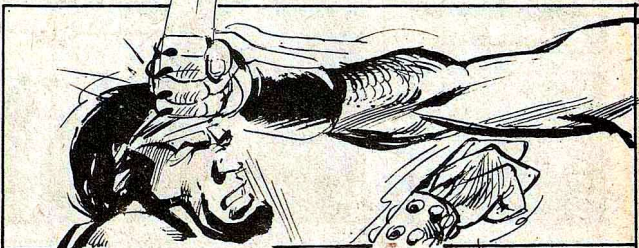


Pero calculé mal...

¡Bravo! ¡Eso fue un buen golpe!



Tal vez lo fue pero también fue un padre que no tuvo hijos...



Confusamente sentí que me rodeaban y me daban cariñosas palmadas que hubieran hendido el espinazo a un buey...

¡Bravo, sumerio! No te sientas humillado por perder con Tagher. Es lo normal.

¡Toma un poco de vino!

Y ahora que nos has mostrado tu peso, estamos dispuestos a ofrte.

Sí, ¿qué querías decirnos?

Traté desesperadamente de acomodar mi cerebro en su lugar y con él mis ideas y por fin recordé cuál había sido la idea original que me había llevado allí.

¿Estáis contentos sirviendo a Luranim?

Un salvazo como una piedra de catapulta cruzó por el aire e hizo impacto en las sandalias de un oficial de Luranim que pasaba. Fue una respuesta perfecta.

El enano se reunió conmigo la noche siguiente.

¿Has hablado con ellos?

Sí. Me ayudarán en mis planes. Están hartos de Luranim.

¿Y tú? Aún no sé si estás conmigo o en contra mío... No sé nada de tí excepto que tú lo sabes todo...

Así es, Nippur. Yo soy el ojo que todo lo ve, ¿y sabes por qué? Porque soy un ojo al que nadie presta atención.

Te buscaba, guerrero; ¿dónde has estado?

El enano me sonrió burlesamente...

Ve, oh guerrero. Cumple con tu deber.

Nunca supe el nombre de la mujer que fuera instrumento de Luranim. Sólo recuerdo su piel blanca y sus verdes ojos de víbora...

Estás cosido de cicatrices, ¿has estado en muchas guerras?

No. Las guerras han estado siempre en mí.

Eres un hombre extraño. No pareces un guerrero como todos. ¿De dónde vienes?

De aquí. De allá. De más allá ¿que más da? Las tierras son infinitas y en todas ellas los hombres sueñan los mismos sueños.



¿Sabes? Hay algo que me gustaría ver...

¿Qué?



El rebelde... Irkamides... He oído que su captura fue tu alma. Me he sentido curioso, ¿cómo es él?

Ah... Irkamides...



No hubo mucho orgullo en su voz y pensé que tal vez el recuerdo de un brazo vigoroso alrededor de su cintura la perseguía a pesar de ella.

Es difícil explicarlo...



¿Te gustaría verlo? Está prohibida la entrada en su prisión pero si vienes conmigo nos dejarán entrar.



Al salir al corredor vi al enano. Le hice un gesto...



Allí está...



La luz de la antorcha le hizo parpadear. Su cuerpo polvoriento parecía haberse desmoronado pero el rabioso fuego de sus ojos no se extinguía...

¿Quién?



... hasta que la vio. Entonces apartó los ojos avergonzado. Debía de estar recordando palabras que murmurara en otra época, en otra vida...

Dejadme solo... Dejadme mi noche...



Pero...



¡Ahhh!

Habían llegado los "Diez"...



Se deslizaron como serpientes en la cueva sombría y sus sombras enormes bailaron en las paredes húmedas. Hubo silbidos de puñales y silbidos de sangre derramada.



¡Rápido! ¡Soltadlo!



¿Y ella?



Es de él.

Alguien le puso un cuchillo en la mano y aún tambaleante la enfrentó. Las antorchas ardían furiosamente y se oía la sangre de los guardias y el hedor a ganado de los Diez de la Montaña...



Mátala.

El vaciló. Miró a la mujer y miró el cuchillo. Luego recorrió el círculo de rostros y detuvo su vista en el mío. Su voz fue como la de un niño: ¿Matarla...? ¿Yo...?



Comprendí que me pedía ayuda. Y se la di. Vamos. No hace falta que los guerreros viertan sangre de mujer.



El me agradeció con los ojos y di unos cuantos empujones a mis compañeros que parecían muy dispuestos a derramar cualquier tipo de sangre sin preocuparse mucho de su sexo. Rápido. Hay que salir antes que amenaza.



Los guardias en las puertas... Tenemos que intentar sorprenderlos.



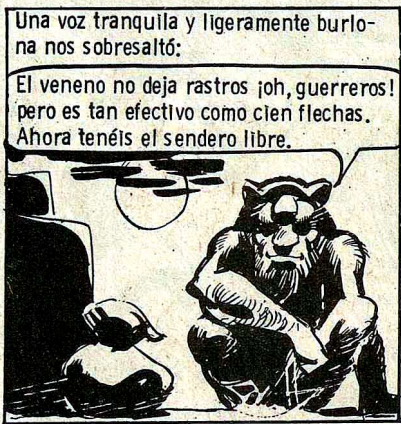
¡Ahora!



Pero... ¡Están muertos! Sí... aunque no tienen heridas...



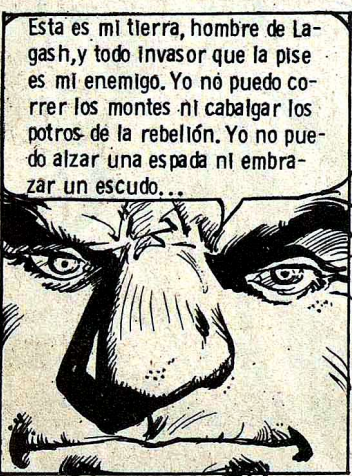
Una voz tranquila y ligeramente burlesca nos sobresaltó: El veneno no deja rastros ¡oh, guerreros! pero es tan efectivo como cien flechas. Ahora tenéis el sendero libre.



¿Por qué esta ayuda, amigo? ¿Por qué? Porque tú me miras y ves sólo al enano de la corte y no se te ha ocurrido pensar que además de enano soy un hombre y que además de hombre soy sumerio.



Esta es mi tierra, hombre de Lagash, y todo invasor que la pise es mi enemigo. Yo no puedo correr los montes ni cabalgar los potros de la rebelión. Yo no puedo alzar una espada ni empuñar un escudo...



Pero yo puedo luchar en las sombras. Yo puedo morder los talones, herir, sembrar el miedo. Detrás de mis piruetas y de mis humillaciones hay también un trozo de Sumeria que se revuelve. Yo también soy un poco Sumeria.



Calló. La luna hizo chispear sus ojos y sentí esa humedad en el pecho. Nosotros los hombres altos que cosechamos las glorias nos avergonzábamos ante ese hombrecillo que sabía amar y oír desde una sombra eterna... Los dioses te bendigan, amigo.



Ah. Tengo aquí un regalo para ti, Irkamides.



Había una ejecución prometida para esta mañana y pensé que es mala cosa que no se cumplan las promesas.



¡Luranim!
¿No te lo he dicho? Yo soy el perro de la noche que muerde los talones... y que a veces llega hasta la garganta...



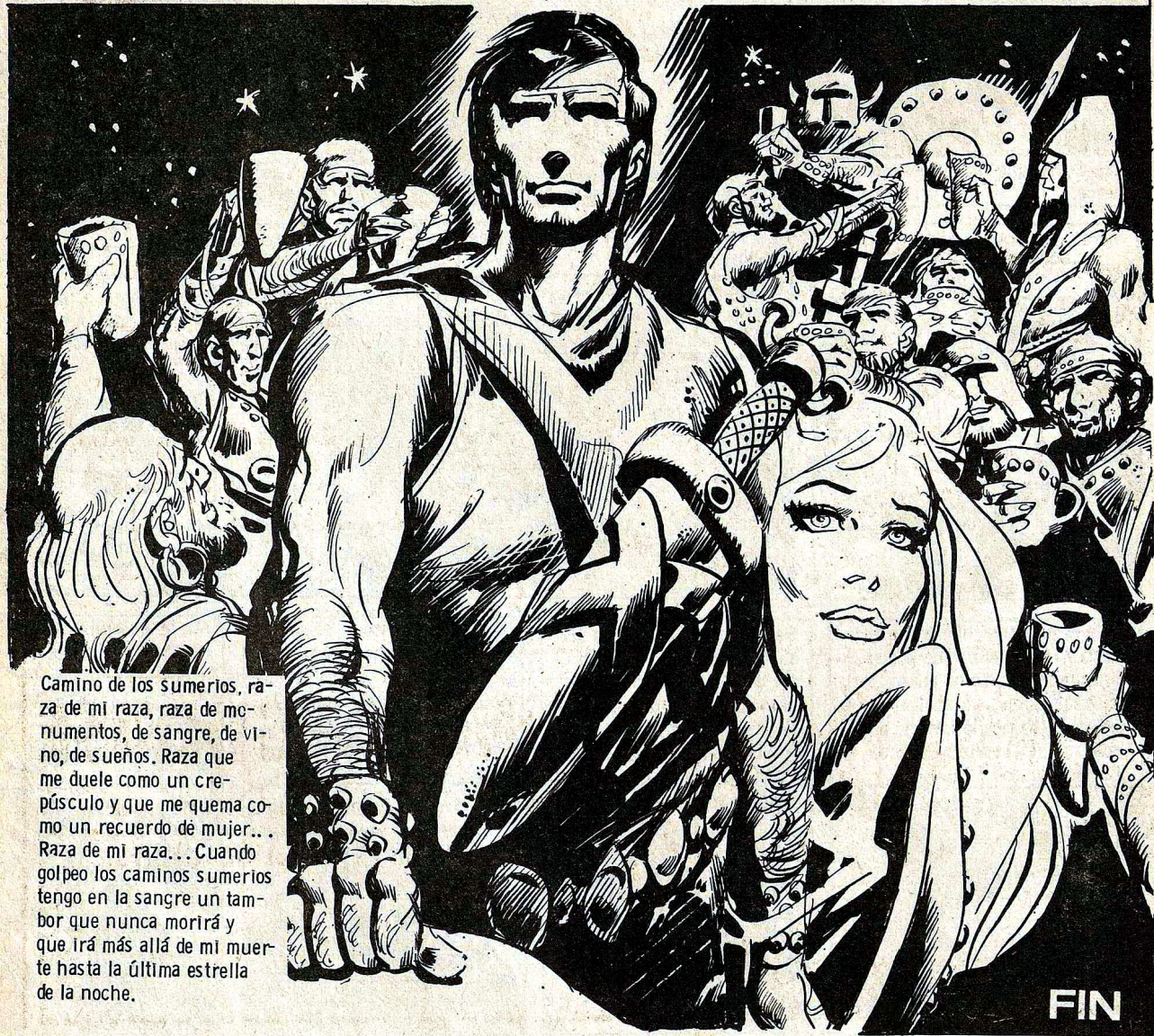
¡Vete ahora. Pronto amanecerá. Ya te haré llegar mensajes, Irkamides. Te ayudaré a continuar tu rebelión. Vete ahora.



A cierta distancia me volví. La silueta grotesca estaba aún en la muralla. Alcé mi brazo en el saludo de los guerreros.



Y él me contestó. Bajo la luna de plata me pareció que su estatura se doblaba, aumentaba hasta cubrir el mundo...

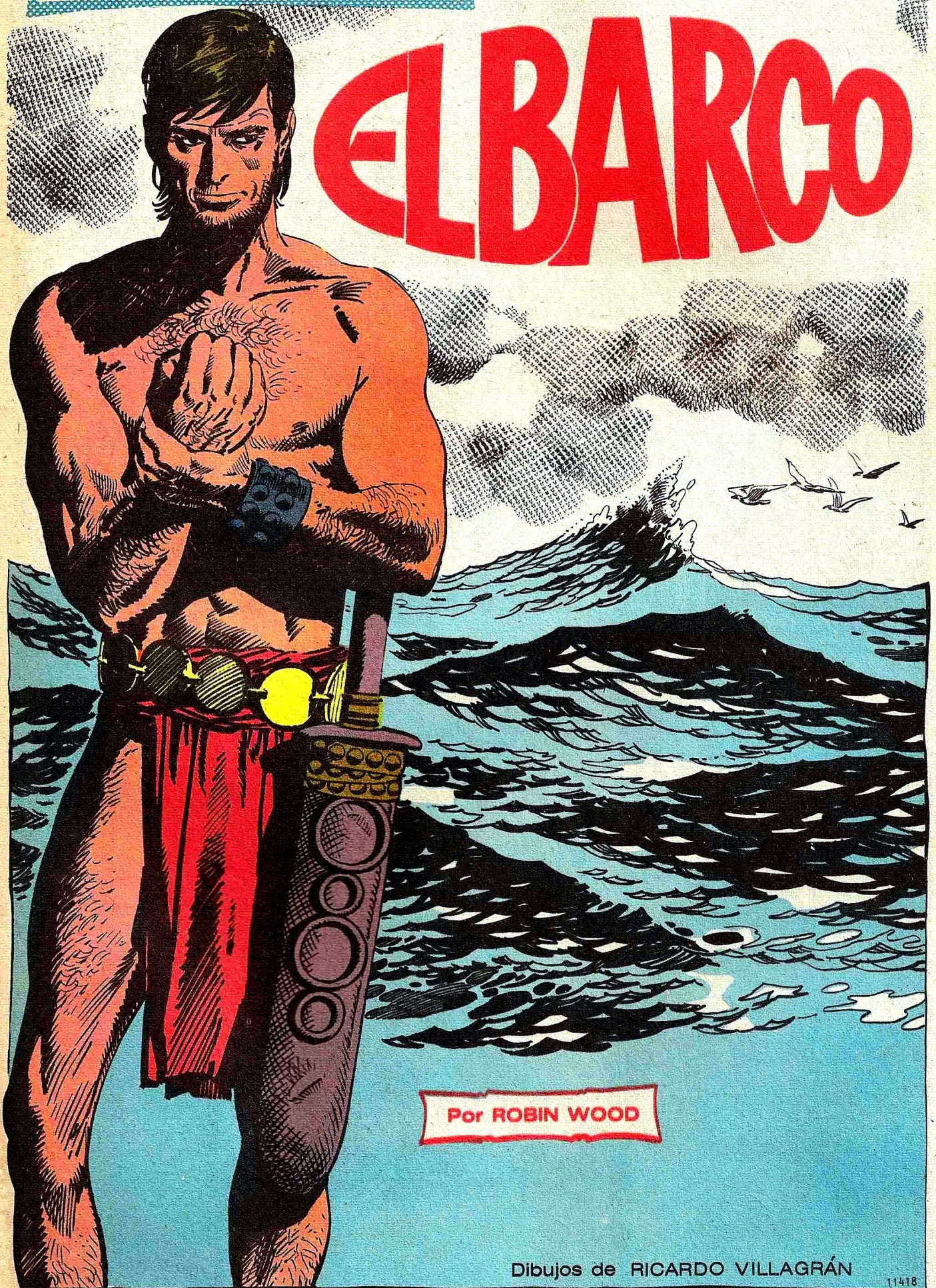


Camino de los sumerios, raza de mi raza, raza de monumentos, de sangre, de vino, de sueños. Raza que me duele como un crepúsculo y que me quema como un recuerdo de mujer... Raza de mi raza... Cuando golpeo los caminos sumerios tengo en la sangre un tambor que nunca morirá y que irá más allá de mi muerte hasta la última estrella de la noche.

FIN

NIPPUR DE LAGASH

EL BARCO



Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **RICARDO VILLAGRÁN**

En las noches, cuando cerca mío tiritita mi hoguera como un fantasma que se niega a morir, descanso la cabeza sobre alguna piedra y, embobado de silencio y de oscuridad, dejo mis ojos vagar por el cielo negro, donde chispean su risa de luz los extraños fantasmas helados que llamamos estrellas.



Y uniendo unos con otros creo extrañas figuras y redescubro las ya viejas. Aquí un carro de guerra. Allá un águila de alas desplegadas. Aquí un rostro de mujer que, por un instante, me hace encoger el corazón. Allá, una espada de rey.



Y a veces las estrellas se unen a otras, y de pronto un gran navío parece desprenderse del cielo, y súbitamente todas las estrellas se vuelven colmillos de una fauce abismal que se abriera ante mí.



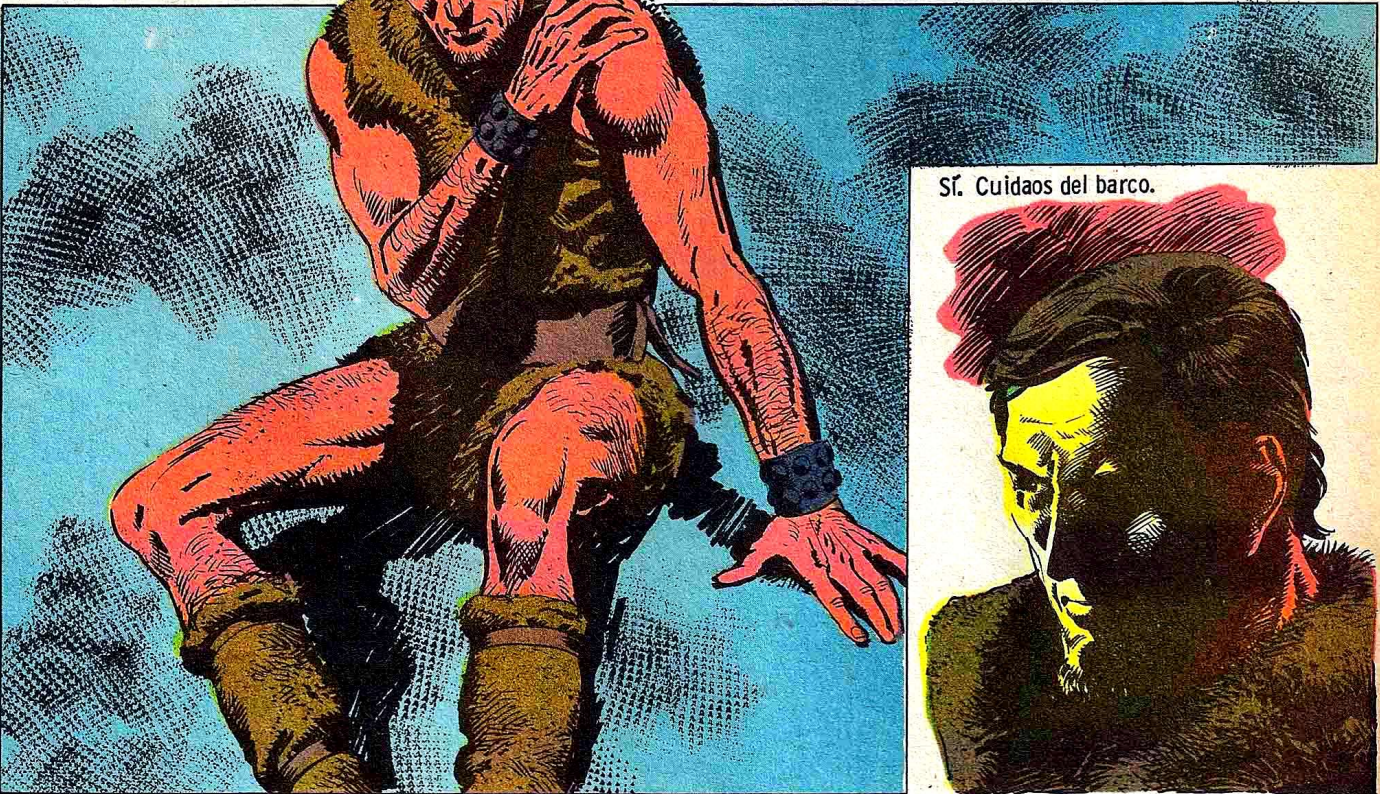
Entonces cierro los ojos, me sello los oídos con los puños y quedo así, tiritante junto a mi hoguera semimuerta, hasta que la visión se diluye.



Os diréis. ¿Qué ocurre con el viejo Nippur que tanto ama los barcos y la brisa salobre, que hace sonar el cordaje de los mástiles como si fueran arpas de guerra? ¿Por qué, de pronto, este miedo o este horror?

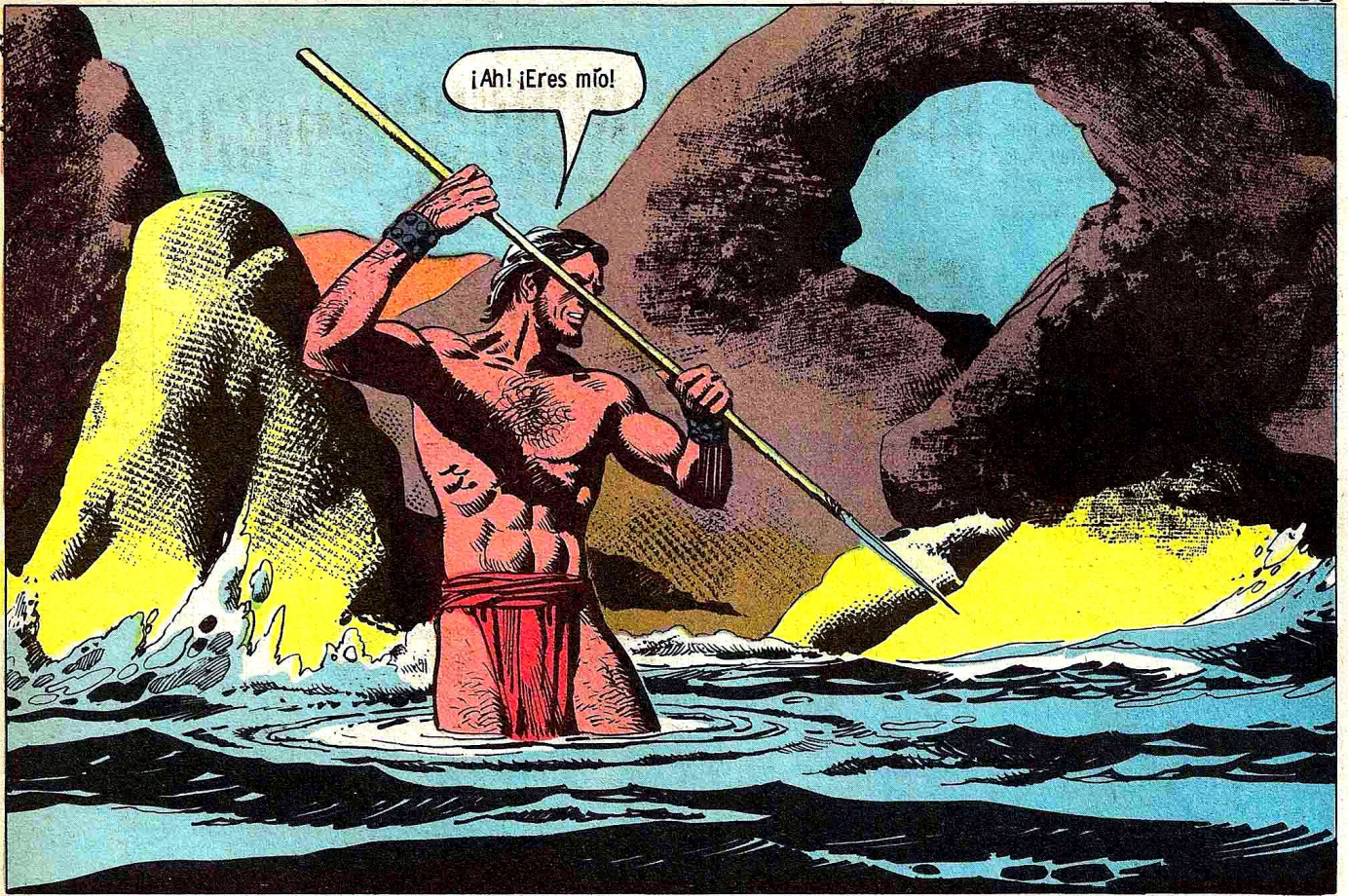


Ah, seres humanos. Cuidaos aunque ya no exista. Cuidaos de él pues tal vez un día descenderá sobre vosotros, oloroso a podredumbre y aceite, navegando en un mar de pesadilla, en un mar de aguas muertas.



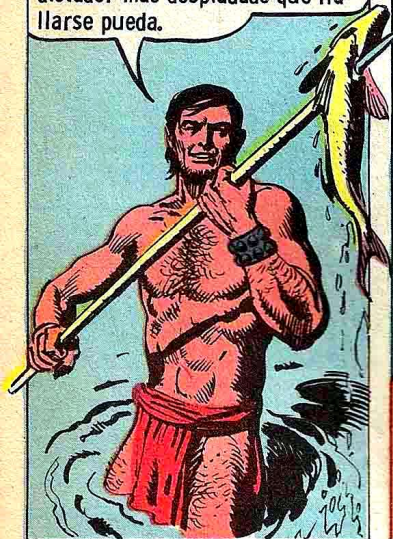
Sí. Cuidaos del barco.





¡Ah! ¡Eres mío!

Pez, hermano, no es justa tu muerte pero el estómago es el dictador más despiadado que hallarse pueda.



Nunca había estado tan alejado de las tierras conocidas. Era más allá de los grandes arenales, donde extraños animales me llenaron los ojos de sorpresa y de miedo. Vi extraños árboles y rocas que parecían haberse dormido en el tiempo.



(¿Y eso?)

(Me pareció oír un rumor.)



Vi los pájaros huir a la desbandada.

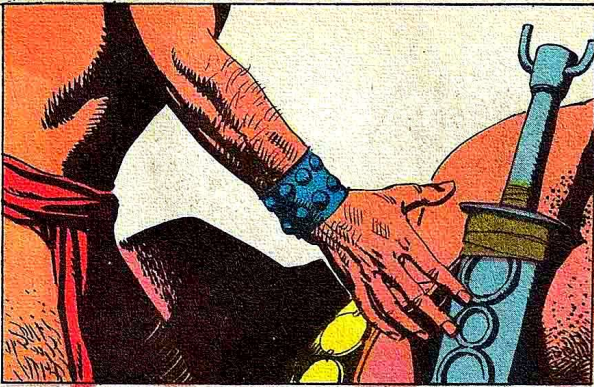
(Sí. El rumor llega de muy lejos como una tormenta que se acerca. O un ejército en marcha...)



Pero no veía nada. Solamente oía ese sordo bramido que continuaba acercándose más y más.

(Por Samás... ¿qué es esto?)





Cuando los vi dudé de mis ojos. Eran más de un centenar de soldados vestidos con armaduras, las cuales yo nunca había visto y que debieron ser de una hermosura única, pero ahora estaban ajadas, comidas de tiempo, reparadas una y mil veces.



Ven con nosotros.



Hablaban en cretense, un cretense extraño y casi indescifrable. Eran hombres delgados, fantasmales y parecían desinteresados de todo.

¿Por qué? Soy hombre libre.



Ven.



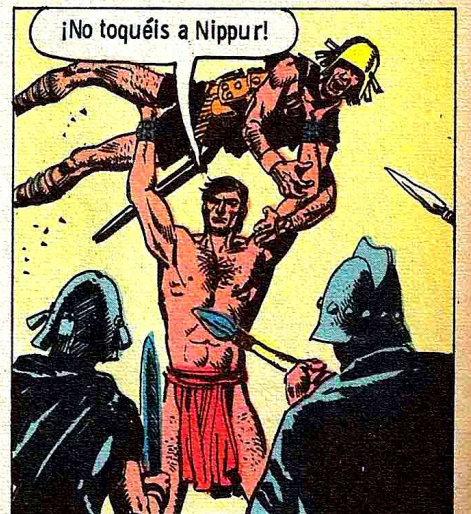
¡Ahhh!

TRACK!



Fue su olor lo que me hizo reaccionar. Un fétido olor a ropas viejas, a tumba. Lo golpeé con el puño cerrado y pude sentir sus huesos crujiendo como varillas de madera.

¡No toquéis a Nippur!





¡Ahhh!

Pero de pronto me encontré en el centro de un círculo de lanzas apoyadas en mi pecho y espalda. Uno de ellos habló. Y la voz era también vieja. Y cansada.



No nos obligues a matarte, extranjero. No nos sirves de nada muerto.

Los héroes son hijos de la gloria, pero son hijos que mueren muy jóvenes, y yo siempre anhelo llegar a vivir hasta la próxima cosecha al menos, plazo que luego se prolongará una y mil veces.



Me unieron a un grupo que se fue formando en la playa. No sé de dónde traían centenas de campesinos, de una raza extraña y que yo nunca había visto hasta ese día. Y ganado. Y aves. Y sacos de grano.



(¿Dónde almacenarán todo esto? ¿Dónde?)

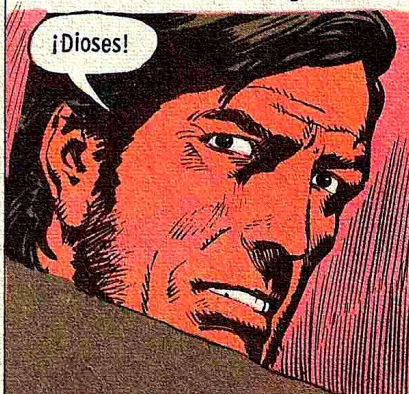


Y en ese instante sentí que el horizonte a mi espalda se oscurecía.



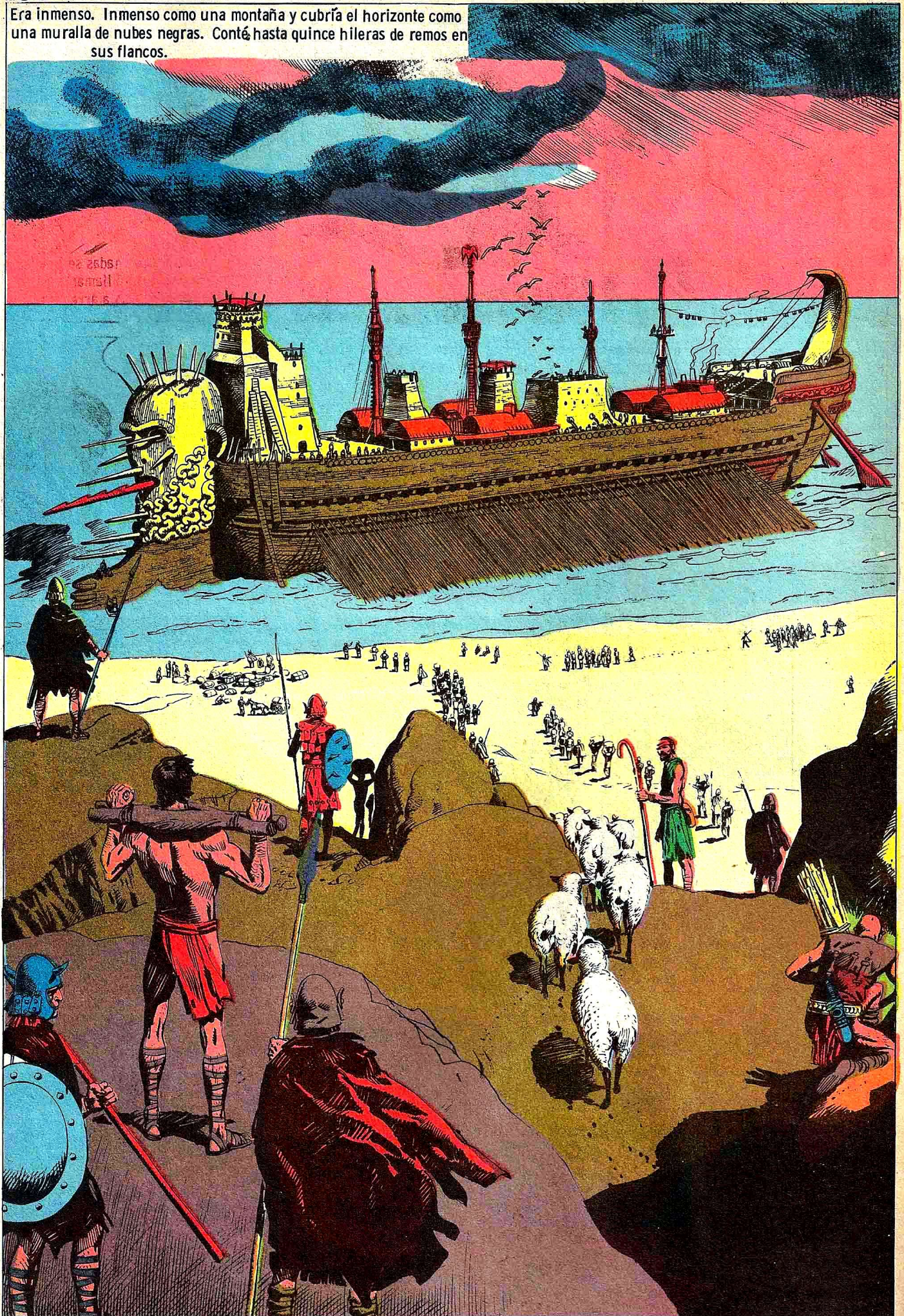
(¿Qué es?)

Los siglos harán polvo mis huesos y mi carne, pero nunca entibiarán el escalofrío que culebreó en mi sangre ese día.

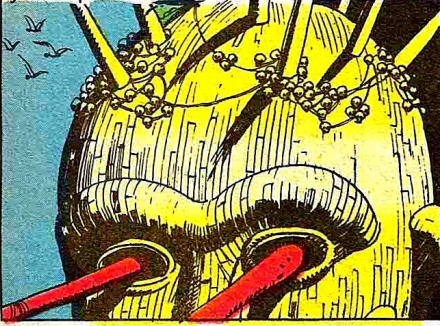


¡Dioses!

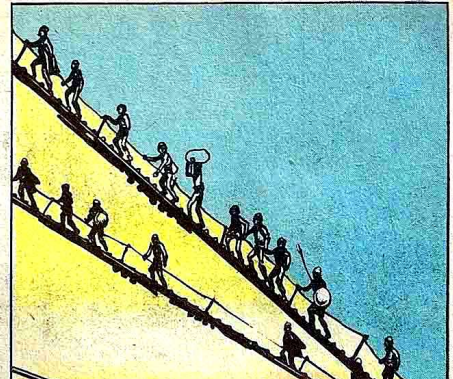
Era inmenso. Inmenso como una montaña y cubría el horizonte como una muralla de nubes negras. Contó hasta quince hileras de remos en sus flancos.



Y en la proa se alzaba el inmenso mascarón, relampagueante y absurdo, erizado de espolones. Y como si fuera el latido de su corazón monstruoso, del interior de esta pesadilla brotaba un trueno monótono y acompasado.



(Esto no es verdad. ¡Es una pesadilla!)

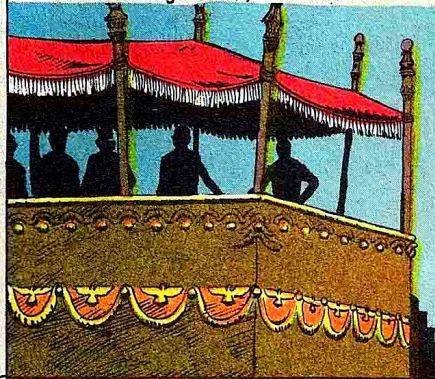


No lo era. Enormes planchadas se tendieron desde el barco (¿podré llamarlo así?) y los guardias comenzaron a arrearlos a bordo.

El olor me mareó. Olor a viejo, a podredumbre, a humedad. El barco era una ruina, mil veces reparada pero al cual el paso del tiempo había marcado con un fuego gris y polvoriento.



Y en la proa vi la gran torre, con el toldo púrpura y sus torretas de oro. El oro estaba verdoso de tiempo y enfermizo de mirar. Y la corte se erguía allí, mirándonos.



Soldado, ¿quiénes son?

El rey, claro.



¿El rey? ¿El rey de qué?

Preguntas mucho. Cállate.



Había alguien en un trono de oro. Un ser macilento, sin edad, sin expresión, como todos lo que lo rodeaban. Todos eran delgados, escuálidos, agobiados por el peso de sus joyas y de algo más.



Abajo.



No veo nada.

Aquí no necesitas ver, guerrero.



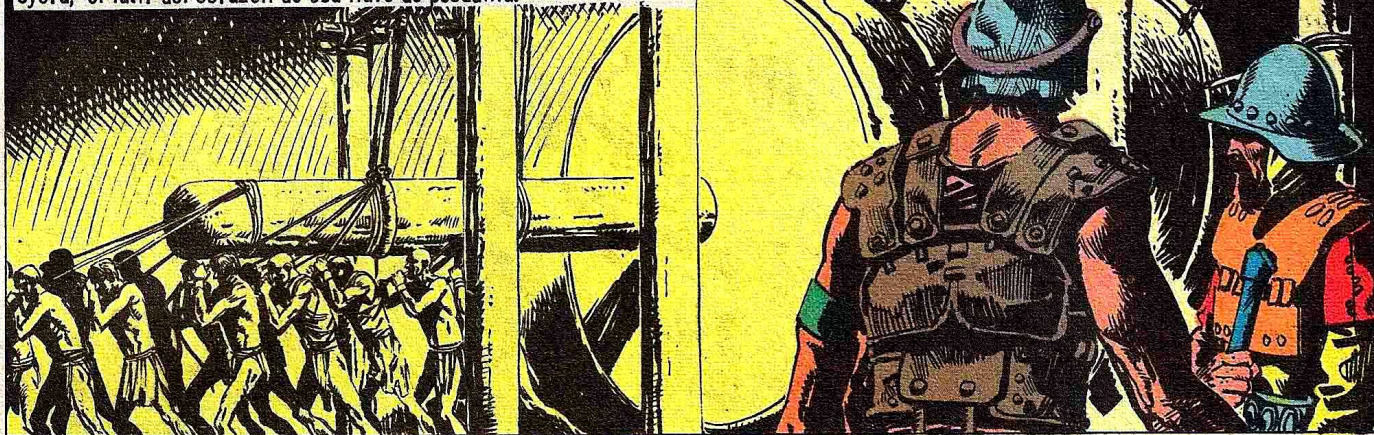
La sala de remeros era inmensa y mayor que todos los templos que yo viera. Cuando me habitué a las tinieblas pude ver las inacabables hileras de esclavos encadenados en sus bancos. El olor a podredumbre era allí insostenible.



Este es tu remo, guerrero.



Se oyeron gritos y crujidos, y descubrí qué era el estruendo que ya oyerá, el latir del corazón de esa nave de pesadilla.



Rema, amigo.



¿Tú también has sido capturado?

No te comprendo.



Pregunto si hace mucho que remas en este barco.

¿Mucho? Yo he nacido aquí, en el barco.



Por un momento dudé de mis oídos. Luego advertí sus brazos enormes y sus piernas casi raquíticas. Un temblor de horror comenzó a hacer vibrar mis carnes.

¿Quieres decir que todos...?



Todos no. Hace mucho que nuestras mujeres ya no dan más a luz y los hombres se van acabando. Por ello traen prisioneros ahora, pero no resulta. Mueren en pocos días.



Pero, ¿vivís aquí?

Sí. Remamos en dos turnos. Nuestras familias cocinan y cuidan a los niños allá al fondo. Hay espacio de sobra.

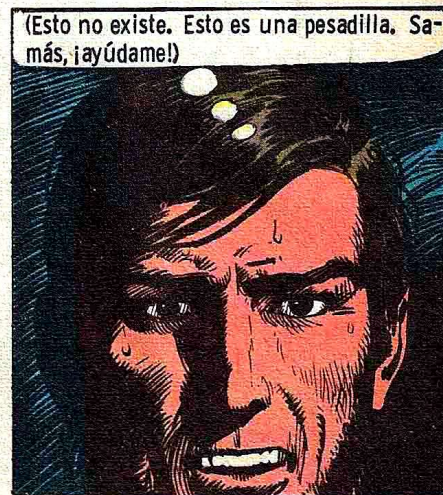


Pero, ¿nunca habéis salido? ¿Nunca habéis visto el sol?



Me miró curiosamente y vi en sus ojos un vacío total e irrecuperable.

¿El sol? No sé lo que es eso, extranjero.



(Esto no existe. Esto es una pesadilla. Sámas, ¡ayúdame!)



¡Rema tú! ¿Qué esperas?



¡No me toques, perro!

Mis espaldas son anchas pero no fueron hechas para soportar el látigo. Y mi horror creciente hizo el resto.



¡Nooo!

CRACK



No toques a Nippur.



¿Por qué lo has matado, extranjero? El cumplía simplemente con su trabajo.



El rey me contempló lánguidamente. Hubo casi un principio de interés en sus ojos.

¿Por qué te rebelas? ¿Qué razón hay?



No soy esclavo. Soy hombre libre. El remo quema en mis manos y las cadenas hacen hervir mi sangre. Las tinieblas me duelen. Soy hombre de los que florecen bajo el sol.



¿El sol? ¿Qué amas de él? Es brutal y salvaje y me horroriza. Huyo de él y él me persigue. ¿Y la libertad? ¿Qué es eso? ¿Otra palabra sin sentido?



No. Esa es la palabra bendita de todas las lenguas, hombre. Pero si no amas el sol o el viento, ¿cómo podría explicarte lo que es la libertad? Ella cabaiga en esas otras palabras y se nutre de su ausencia.



Tengo que castigarte.

No lo hagas o te destruiré.



¿Me amenazas? ¿A mí? Soy el rey.

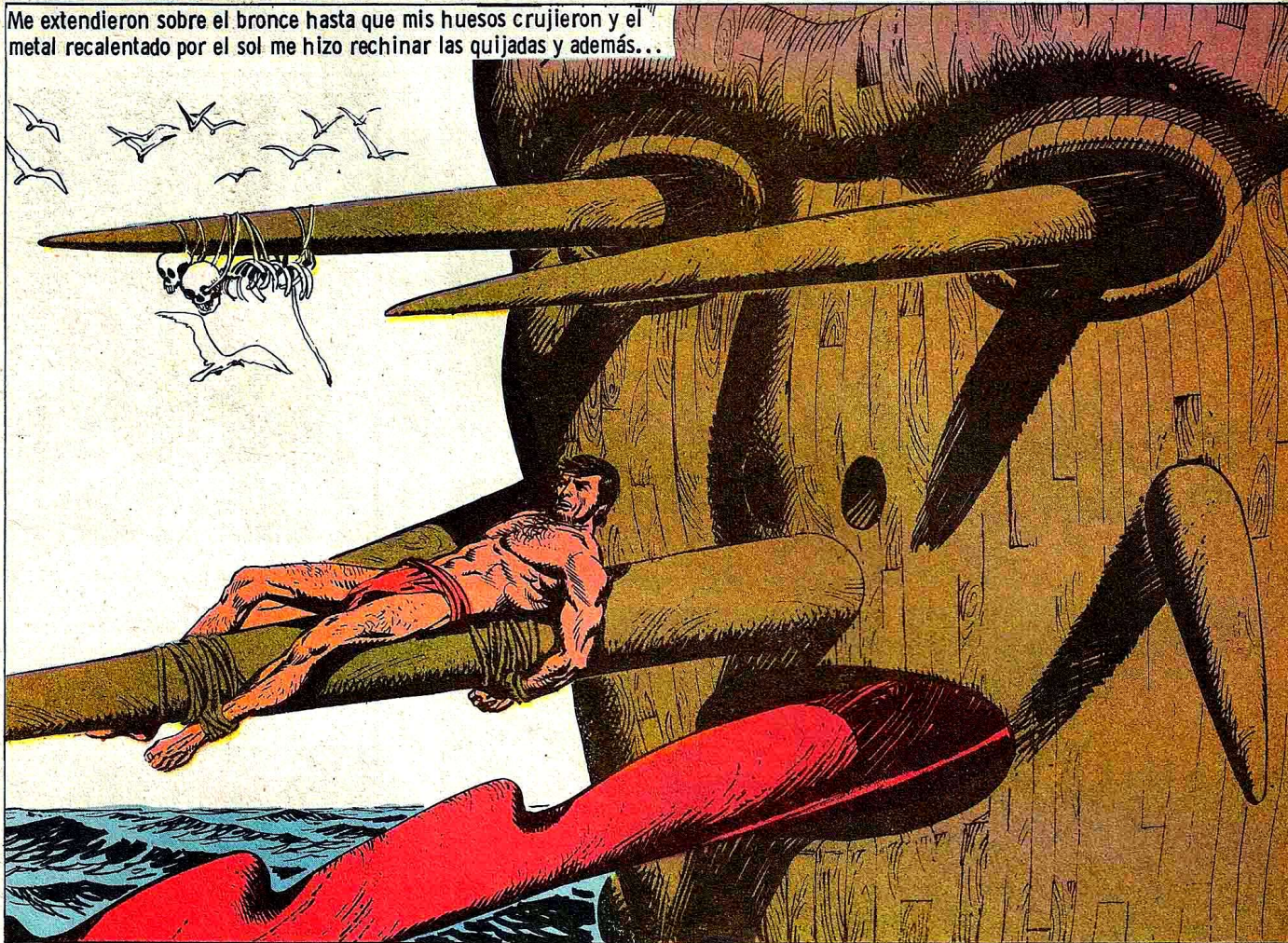
Y yo soy un hombre. Y con mis manos puedo hacer trizas ese pobre trasto que llevas en tu cabeza.



Atadle al espalón.



Me extendieron sobre el bronce hasta que mis huesos crujióron y el metal recalentado por el sol me hizo rechinar las quijadas y además...



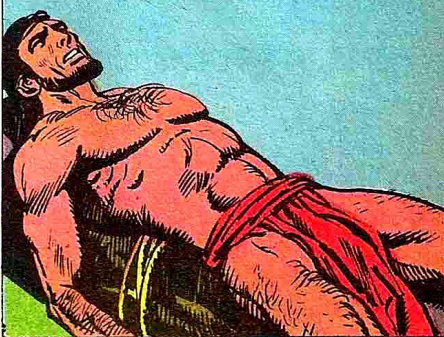
(Estos deben haber sido los anteriores.)



(Ah, Samás... ¿Es éste el último destino del hombre de Lagash?)



El calor irradiado por la superficie de metal era atroz y pude sentir mi piel achicharrarse contra ella. La sal marina se adhirió a mi piel como una caparazón granulenta.



Y el sol, eterno, inmutable sobre mí, aplastándome, hirviéndome, enloqueciéndome en la proa de esa pesadilla brotada del horror de las centurias.



Y pasaron los días. ¿Cuántos? No lo sé.



(No podré..., no podré resistir más.)



Pero...

Agua... ¡Oh, dioses! ¡No habéis olvidado a Nippur!



Y mientras la dulce agua de los dioses lavaba mi piel, suavizaba mi boca agrietada y hacía cantar mi espíritu, no pude dominarme y lancé un alarido jubiloso.



¡Nippur aún vive! ¡Aún vive!

Y mi grito voló como un pájaro de bronce y estalló sobre la corte pálida que miraba caer la lluvia con ojos apáticos.



Traedlo.

Ah, Nippur. Sigues vivo. ¿Cómo es posible?



Es fácil. No he querido morir.

¿No quieres morir? ¿Acaso tiene importancia eso? ¿Qué es morir? ¿Qué es vivir?



Me dieron de comer y dormí y en el nuevo día me llevaron otra vez ante el rey.

He querido hablar contigo. Desde que nací nunca pude hablar con nadie de tierra firme. Todos han ido directamente a los remos.

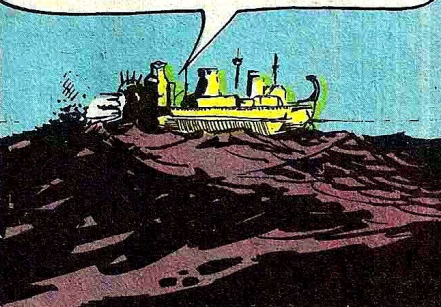


¿De dónde vienes? ¿De dónde viene el barco?



¿De dónde?

Parece ser que en épocas inmemoriales mis antepasados eran reyes de una ciudad levantada en el mar, con casas de bronce y grandes templos transparentes, pero un día los dioses del mar se encolerizaron y comenzaron a embestirla.



Entonces ellos construyeron este barco para vivir en él. Y huyeron mientras la ciudad se hundía entre las aguas. Sólo se salvó la familia real, los ricos y los remeros. No sé cuándo ocurrió eso. Yo nací en el barco. Y también mi padre. Y el padre de mi padre.



Pero poco a poco nos agotamos. Nuestras mujeres ya no tienen más niños. Nuestra sangre se ha debilitado y cada día es más difícil preservar el barco.

¿Por qué no lo abandonas?



¿Y vivir dónde? ¿En tierra firme? Tendríamos que enseñar a nuestros remeros a conocer el sol. Tendríamos que volver a hacer esfuerzos físicos, a caminar, a luchar. No, es demasiado difícil.



Mírate a ti mismo y míranos a nosotros. ¿Crees que hay lugar para los hombres de nuestra raza entre los de la tuya?



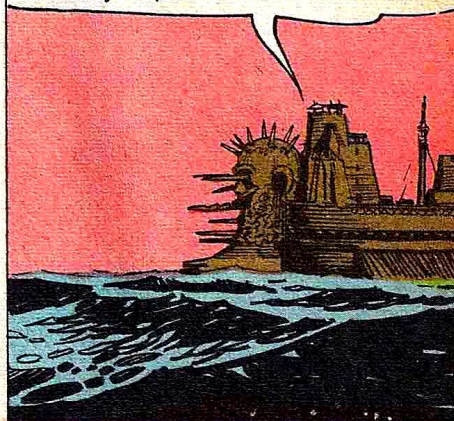
Y me contemplaban, pálidos, espectrales, sacudidos por la brisa marina, con sus ropas en jirones y agobiados por el peso de sus joyas.



¿Qué harás conmigo?



Morirás, Nippur. No por odio. Es la costumbre y no puedo ir contra ella.



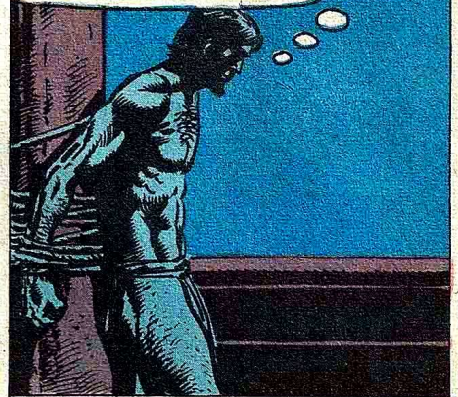
¡Por los dioses, despertad! ¿No veis que vivís en una pesadilla? ¡Detened este barco deshecho! ¡Quemadlo! ¡Empezad otra vez! ¡No sigáis adelante! ¡Despertad!



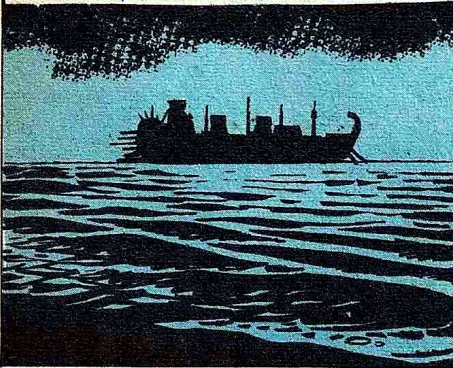
Mañana serás ejecutado por rebelión contra las leyes del barco, Nippur. Los dioses sean contigo. Morirás por el fuego.



(No. No permitiré que me maten. No lo permitiré pues yo estoy vivo y ellos en cambio están muertos.)



Y aspiré el olor de la noche, solitario, perdido, encadenado en la cubierta de aquel inmenso monstruo sobre el cual yo era el único hombre vivo. Y el condenado a muerte.



El nuevo día se alzó sofocante y seco, y todo el barco crujió de calor. No muy lejos, la costa pedregosa me mostraba sus colmillos.



(Ahora...)



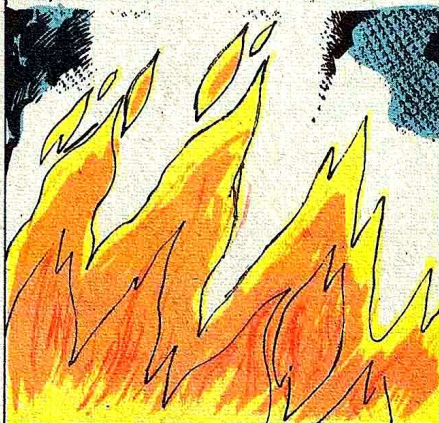
Golpeé como sólo golpean aquellos que se juegan todo en un golpe. Y ellos eran hombres delgados como varillas, a quienes el simple peso de sus armaduras ya agobiaba.



Corrí como un rayo por la cubierta, blandiendo la antorcha. Sabía dónde estaban los barriles de aceite y corrí hacia ellos. Algunos trataron de detenerme.



Una cortina de llamas se alzó como una explosión. Todo estaba tan reseco...

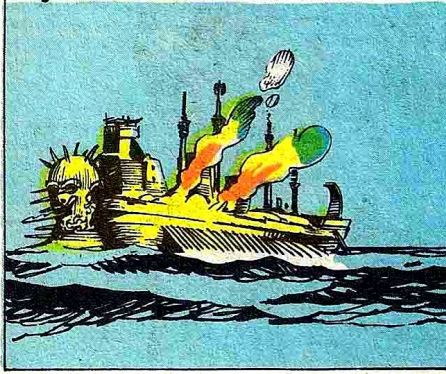


Una espada relampagueó sobre mí.





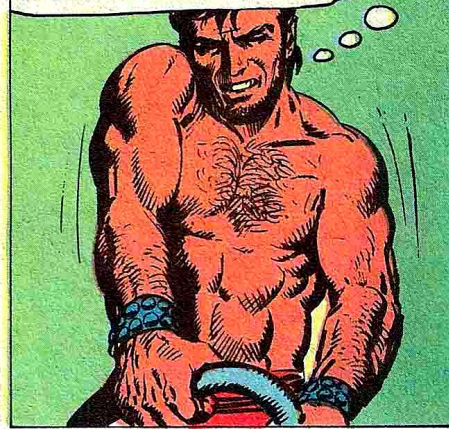
Corrí nuevamente aquí y allá, sembrando pequeñas fogatas por todas partes, pequeñas fogatas que rápidamente se hinchaban rugiendo ferozmente.



Ya nadie pensaba en mí. Aturdidos, algunos intentaban detener el fuego, pero un viento ligero jugaba con ellos y las llamas crecían más y más.



(Samás... Dame fuerza. Esta puerta no ha sido levantada en centurias.)



Entré por aquella puerta que debió estar sellada por centurias. Un clamor unánime de horror acogió al sol que penetró conmigo.



Pero ellos retrocedieron gimiendo como animales espantados, cubriéndose los ojos, buscando las tinieblas que eran su mundo, huyendo de esa luz feroz que les destrozaba los ojos.



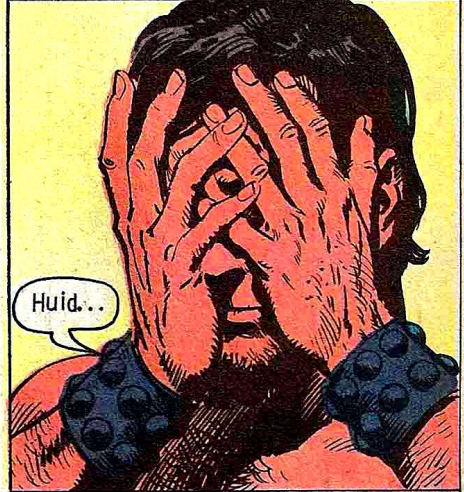
¿No me entendéis? ¡El barco se hunde! ¡Huid!



Pero ellos se arrastraban gimiendo hacia las tinieblas, buscando la oscura seguridad de lo conocido, huyendo del horror de lo ignorado.



No sé cómo pero aullé desesperado y sentí mis propias lágrimas, lágrimas de desesperación, de angustia, de horror, correr por mis mejillas.



Ya no los veía más. Todos habían desaparecido en las tinieblas. El humo sofocante penetraba ahora, dorándose en el sol.



Por todas partes sólo había fuego. Y sin embargo no vi a nadie saltar al mar.



El estaba en su trono, rodeado de una selva crepitante. Horrorizado vi arroyuelos de oro fundido descender de la torre. Oí alaridos atroz, pero nadie saltaba al mar.



Volvió los ojos hacia la costa gris y suspiró...



Desde la orilla vi todo. El holocausto final del fuego, un fuego inmenso que cubría todo el horizonte como si fuera todo un mundo el que ardiera.



Sin embargo no fue un sueño. Siento aún en mis narices el olor a podredumbre y a aceite del barco y oigo el latir acompasado de su corazón de cuero y el golpe infinito de sus miles de remos.



NIPPUR DE LAGASH

**HISTORIA DE DOS
HERMANOS Y
UNA MUJER**

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **MULKO**

El guerrero extendió ante sí su espada y esbozó un gesto de odio que hubiera hecho tumbar de risa a una vaca y gruñó...

¡Atácame, Nippur! ¡Atácame si te atreves!



La espada de su rival silbó en el aire...

¡Ahhh!



Me muero... Ahhh... El pobre Hattussil se muere... Ahhh...



Levántate, padre. Sé que estás bromeando. Cada vez que quieres dejar de jugar te haces el muerto.

Oh, no, Nippur. Juro que estoy muerto. Ese golpe me hizo saltar los sesos.



¡Imposible. Nunca tuviste.

¿Eh?



¡No lo puedo creer! ¡El vagabundo de Lagash en persona! Veo que toda la carroña de Sumeria viene a mi casa.

La carroña llama a la carroña, bastardo titita.



¿Y éste es...?

Nippur, el mayor de mis niños.

Siempre me desazona un poco ver los hijos de mis amigos, especialmente aquellos que llevan mi mismo nombre. Su existencia me recuerda que el tiempo sigue pasando y al mismo tiempo me reprocha mi soledad.



Hermoso niño. ¿A quién se parece?

Bebe tu veneno, vejete.



Es bueno volver a verte, Nippur. ¿Qué haces aquí?

Estoy cansado, estoy pobre y pensé que teniendo un amigo rico lo mejor que podía hacer era abusar un poco de su hospitalidad.



Has hecho bien en venir aquí. Buscaré mi caballo e iremos los dos a pedir hospitalidad a tu rico amigo.

En ese momento apareció Inim, la bella que ahora era menos bella y más hermosa. Me costó reconocer a aquella jovencita de ojos tristes que un día hiciera nacer por segunda vez a mi cruel amigo.

Nippur... ¡Qué bueno es volver a verte!

Qué bueno es saberse querido por alguien. Qué bueno es compartir la felicidad de otros aunque no sea más que de paso. Nosotros, los que nada tenemos, aprendemos a contentarnos con poco.

¿Y dónde está tu hermosa amazona pelirroja, Nippur?

¿Karien? Debe estar en sus montañas como siempre, dedicando un poco de tiempo a su pelo y el resto a sus caballos.

Eres un individuo tan odioso como mi marido.

Curioso. Siempre creí ser casi perfecto pero si me comparas con él, debo haber empujado mucho.

¿Qué te parece si dejas de tontear con mi mujer y comemos algo? Luego podremos ir a cazar.

Será mejor que comamos, en efecto. Con tu puntería nos moriríamos de hambre.

Sí. Llévatelo, Nippur... ¿Sabes? Estoy esperando al niño en cualquier momento y Hattussil se pone tan nervioso cuando espero uno que tengo que terminar contratando alguna de las ancianas del pueblo para que se ocupe de él.

Llévatelo de cacería hasta mañana. Creo que para entonces ya estará todo terminado.

De acuerdo... además... ya estoy empezando a ponerme nervioso yo también...

Cargamos nuestros caballos con comida y vino, tomamos arcos, flechas y lanzas y nos alejamos de la casa. Hattussil se comía las uñas...

Estoy tan nervioso, Nippur... Siempre me ocurre...

Pensé un poco en Inim y comencé a mordeme una uña... Luego, otra...

¡Deja de comerte las uñas, idiota!

Nos dedicamos durante toda la tarde a lanzar nuestras flechas contra cuanto criatura viviente se movía en el bosque pero sólo conseguimos perderlas en su mayor parte.



Creo que hoy no es un buen día para cazar.

No. Será mejor que vayamos a pescar.

Instalamos nuestro campamento junto a un profundo riacho y yo me dediqué tranquilamente a encender el fuego mientras Hattussil acechaba a los peces. El aire oía a savia, a calor y a pasto seco. Yo me sentía feliz...



¡Eh, Nippur! ¿Has visto alguna vez un pez con cabellos negros?



No. Solamente los he visto con barba rubia.

No bromeo. ¡Mira esto!



La muchacha temblaba como un animal acorralado y sus ojos aterrados iban de Hattussil a mí.

Vaya. ¿De dónde la sacaste?



¿Quién eres tú, muchacha?

Ya... Ya...



De pronto oímos los ladridos.

¡Dioses! ¡Son ellos! ¡Por piedad, escondedme!



¿Qué opinas, Nippur?

Escondámosla hasta que conozcamos la historia.



¡Eh, vosotros!

¡Los perros han hallado el rastro, Naramides amo!

Allí hay un campamento... El humo borrará las huellas...



Era un mocetón fornido en cuya cara se podía ver de todo menos inteligencia. Tenía los párpados pesados, la nariz ancha y la frente estrecha y parecía en general de muy mal humor.

Busco una mujer....



Hattussil lo miró gravemente y asintió con la cabeza lleno de mundana sabiduría:

Es natural. A tu edad me ocurría lo mismo. ¿Y a ti, Nippur?

De tanto en tanto, en efecto. Además estamos en primavera...



¡No bromeo! Busco a una muchacha de cabellos negros llamada Nuder.

Yo conozco a una pelirroja llamada Karién..., pero tiene tan mal carácter que no te la recomendaría.



Por un instante pensé que iba a abanzarse sobre nosotros pero evidentemente la muchacha le interesaba más y por fin...

¡Vamos! ¡No debe estar lejos!



El grupo se perdió en el bosque en medio de un estruendo que hubiera espantado, no digo a una muchacha pero hasta a un rebaño de leones. Un joven sin embargo se demoró en nuestro campamento.

¿Puedo sentarme un instante?

Hazlo.



Veo que no sois de la región y supongo que sois viajeros. Además, por vuestras armas deduzco que sois guerreros. Todo ello es una magnífica coincidencia y deseo haceros una oferta.

Adelante.



Os pagaré veinte piezas de oro si buscáis a esa muchacha fugitiva, la halláis antes que mi hermano y la ayudáis a huir.



Hattussil y yo nos miramos un instante. Por fin...



¿Puedo preguntar el por qué? No nos gusta trabajar a ciegas.

Esta muchacha, Nuder, había sido prometida a mi hermano por su familia y hace poco la enviaron para que el casamiento se llevara a cabo. Ella fue huésped nuestra durante varias lunas hasta que la ceremonia estuvo lista... y entonces repentinamente huyó...



¿Y por qué huyó?

No sé...



Una voz ahogada surgió de abajo de nuestras mantas.

¡Mentiroso!



El muchacho palideció primero y luego enrojeció como en una explosión de sangre. Apresuradamente se puso de pie murmurando:

Os dejo. No olvidéis: veinte piezas de oro.



¿Qué me cuentas? Parece que tuviéramos un pequeño problema familiar aquí.

A veces me pregunto si las familias tienen algo que no sea problemas.



La muchacha salió de su escondite echando fuego por los ojos y comprendí la velocidad de las piernas del joven. Una mujer enojada es un peligro que hace meditar seriamente a cualquier guerrero.

¡El cobarde! ¡Decir que no lo sabe!



¿Quiere decir que él conoce la razón de tu fuga?

¡Claro que sí! ¡Estoy enamorada de él!

Pero... ¿No estás comprometida con su hermano?



Mi familia me prometió a él. Yo soy una hija obediente y acepté pero cuando vi al idiota de Harim...

¿Cuál es el idiota? ¿Tu prometido o su hermano?



Harim es el idiota al que amo. Naramides es el idiota al que estoy prometida.

Ah. Ya está todo claro.



¿Y ahora qué piensas hacer? Uno de los idiotas te está buscando con perros y cuchillos y el otro idiota quiere que te saquemos de aquí...

¡No me iré!



¿Por qué no?

Porque quiero casarme con Harim y si me voy él nunca tendrá la oportunidad de pedirme.



El único problema es que si el otro idiota te encuentra primero, tu vida se va a volver muy difícil.

No tengo miedo, protegida por vosotros.



Sonreímos cortésmente ante esta frase hasta que de pronto comprendí su significado...

¡Un momento! Desgraciadamente nosotros no estamos en este momento en condiciones de...



¡Ah! ¡Tal como lo sospechaba! ¡Te habías ocultado hasta que nosotros pasáramos! Pero mis perros volvieron sobre nuestro rastro...



¡No te atrevas a tocarme! ¡Estoy bajo la protección de estos dos guerreros!

¿Qué...? ¡Un momento! ¡Nosotros...!



Bajo su protección, ¿eh? ¡A ellos! ¡Hay lugar de sobra en mis fosos para los tres!



Intentamos explicarnos de buenas maneras pero la maldita muchacha seguía chillando acerca de nuestra protección y una docena de hombres nos rodeó y...

¡No te resistas, cañoña!





Hay límites para todo y debo confesar que mi escasa paciencia ya estaba un poco excedida, de manera que cerré un puño, apunté y...

Y enseguida aquello se convirtió en un verdadero campo de batalla.

¡Ah!

¡A ellos, guerreros! ¡Mostradles cómo pelean los hombres!



Si por lo menos esta estúpida cerrara su estúpida boca...

¿Por qué no pides que las piedras lloren?



¡Ah!



Siempre supe que eras malo peleando.

¿Qué sabes tú de pelea, asno de Sumeria?



¡Dejadme a mí, inútiles! ¡Yo os mostraré cómo se pelea!



Desgraciadamente, el buen Naramides eligió como presa a Hattussil quien, para entonces ya había perdido la poca paciencia que tenía.

¡Toma!



Este...



¡Ah!



¡Ah!





¡Y ahora tal vez escucharás cuando se te habla, imbécil! ¡Nosotros...!



¡Ah!



Iba a gritar que ésa no era manera de tratar a mi amigo cuando algún otro avisado sirviente hizo descender sobre mi cráneo todo el mundo conocido, mezclado con hogueras, pájaros y luces multicolores.



Díoses...

Demonios...



Tengo un chichón en la cabeza.

Yo debo averiguar primero si aún tengo cabeza.



Revisamos el foso centímetro a centímetro pero aparte de una entrada enrejada que no hubiéramos levantado ni con ayuda de un mulo no había ninguna salida.

En buen lío nos hemos metido, ¿eh?

¿Es que no es lo que me ocurre siempre que salgo contigo?



Espera, ¿no oyes a alguien que llega?

Ah. ¿Quién puede ser?



No tardamos en descubrirlo... ¡Shhh! Soy yo, guerrero. No hagáis ruido.

Ah. El buen Harim. ¿Qué te trae entre nosotros otra vez, amigo?



Óídmelo bien. Afuera es aún de día pero apenas lleguen las tinieblas volveré y os liberaré. Cerca tengo vuestros caballos e incluso las veinte piezas de oro prometidas. Claro que os exijo la misma condición: que os llevéis a Nuder.

Parece que tienes una idea fija, ¿eh? ¿Por qué tanta insistencia en que nos la llevemos?



Enrojeció hasta las orejas y evitó nuestra mirada. Podría haberse ahorrado la respuesta.

Yo... Yo amo a Nuder... y no podría soportar el verla esposa de otro... ni siquiera de mi hermano... También amo a mi hermano y no lo traicionaré. Lo mejor es que se vaya.



Hattussil y yo cambiamos una mirada. El se encogió de hombros.

Todo lo que yo quiero es salir de aquí.

¡Perfecto! Volveré más tarde entonces...

Nos sentamos en el suelo y nos entretenimos contando nuestros moretones. De pronto...

Espera... Alguien viene... ¿Será Harim?

¿Ya? Es temprano aún...



No. No era Harim.

¡Shhh! Soy yo, guerreros. No hagáis ruido.

Ah. El buen Naramides. ¿Qué te trae otra vez junto a nosotros, amigo?



Oírme bien, quiero hacer un trato con vosotros. Os ofrezco la libertad, vuestros caballos y armas y treinta piezas de oro. Os dejaré huir esta noche si llegamos a un acuerdo. Hay un favor que pido a cambio de todo ello.

¿Cuál?



Que huyáis llevándoos a Nuder.



Esta vez Hattussil no se encogió de hombros. Simplemente quedó mirando boquiabierto al incómodo Naramides. Por fin, repuesto de la sorpresa, atiné a preguntar:

Pero... creí que la querías... Toda esa búsqueda y cólera...

No podía dejar que mis siervos se rieran de mí... pero si esos malditos perros no hubieran vuelto hacia atrás... Yo...



i... yo no quiero casarme!

Comprendible. Sólo un idiota quiere.



Muérete.

A mí me gusta cazar, beber, divertirme... Si tengo esposa no tardarán en venir los críos y mi vida será un infierno. Incluso dice Nuder que debo bañarme... ¡Bañarme! ¡Puedo enfermarme! ¿Comprendes? Por eso quiero que te la lles...



Ah.



Oyeme bien, si ella huye, la familia la enviará de vuelta junto a ti y seguirás con el mismo problema. No. Esa no es la solución.

¿Cuál es entonces?



Muy simple. Búscale otro marido.

¿Otro rn...? ¿Y cómo hago eso?



Hmm. Buena pregunta. ¿Cómo hace eso?

Tú eres el inteligente. Yo soy casado.



Verás, Naramides... Creo que hay algo que te interesará saber...

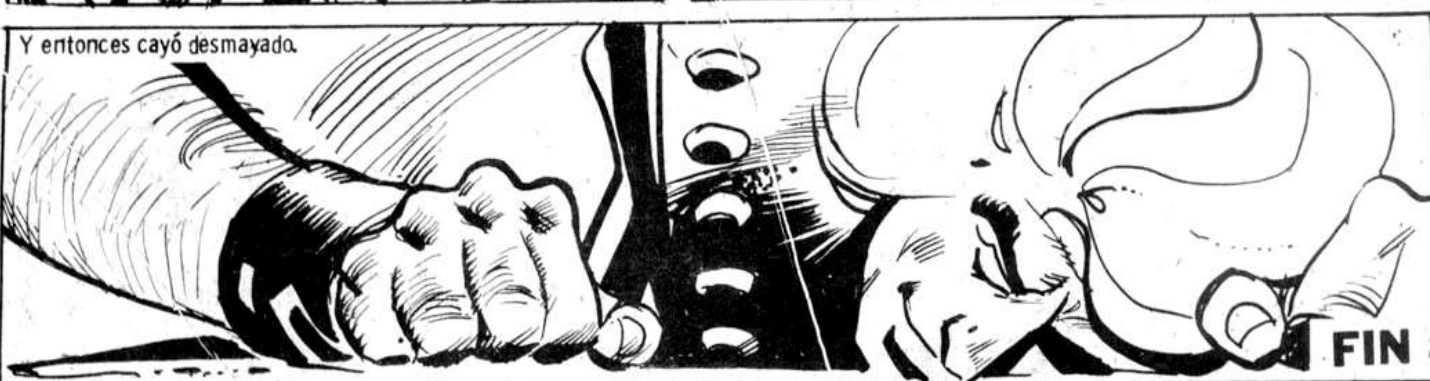


Y así fue que, al caer la noche...

Rápido. Sígueme.







NIPPUR DE LAGASH

LA MUCHACHA DE LOS SUEÑOS

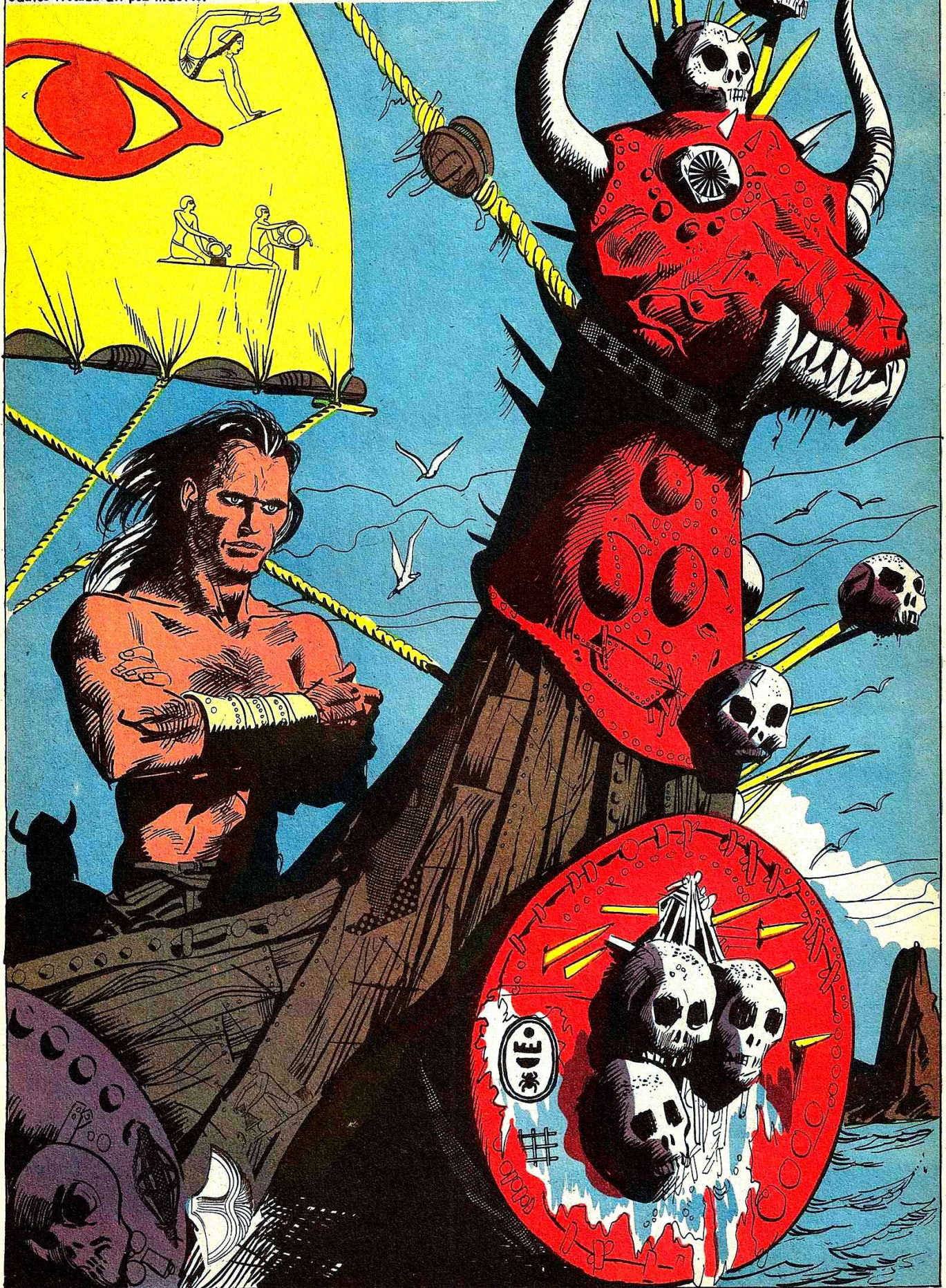
Por ROBIN WOOD



Dibujos de LUCHO OLIVERA

11544

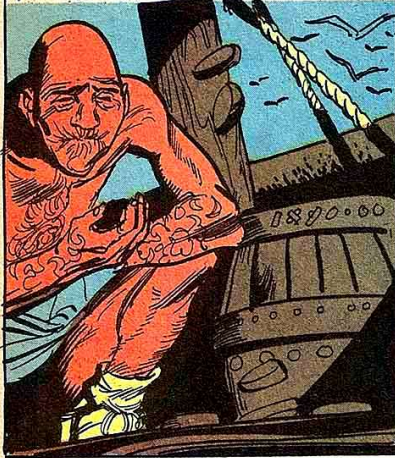
Lubak, el pirata, estaba silencioso en la proa de su barco, con el mentón clavado en el pecho y los brazos cruzados. Semidesnudo, el cuerpo brillante de aceite y de adornos de oro y la gran cabellera negra suelta sobre los hombros. Lubak miraba las quietas aguas incoloras en las cuales flotaba un pez muerto.





Sus hombres respetaban su silencio pues sabían que interrumpirlo podía ser peligroso. Aburridos y atontados por el terrible calor se amontonaban en la popa lejos de él y dormitaban o bebían.

Sólo Ordaz, el hechicero, parecía ajeno a ese silencio que no se debía quebrar. Sentado al sol, cerca de Lubak, arrojaba una y otra vez los discos de bronce del futuro sobre la madera resquebrajada de calor.



Lubak le habló en voz baja, sin moverse:

Otra vez he visto a la muchacha, Ordaz.

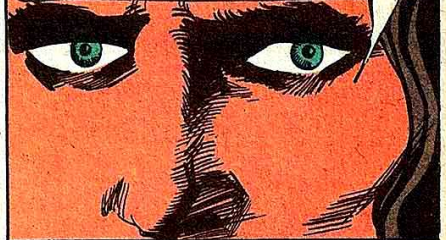


El viejo no alzó la vista. Tenía la piel reseca por los soles y la sal y la desgracia y la maldición de poder ver más allá que los ojos humanos.

Cuéntame.



Era la misma muchacha de mis sueños anteriores, el mismo rostro delgado y pálido y los mismos ojos claros. Sólo vi su rostro entre una neblina blanca y helada. Parecía pensar en algo y no advertió que yo estaba junto a ella.



Y de pronto me miró.



Calló durante un largo instante. Se podía oír el crujido de la madera atormetada por el sol.

Ordaz, esa mirada me hizo mal. Esa mirada hizo gritar mi corazón de desesperación. De pronto sentí que esa muchacha era lo que más necesitaba yo. Más aún que la vida o el sol o tus dioses.



Cuídate de los dioses, Lubak.



Y tendí la mano hacia ella, como un mendigo que pide limosna, y ella me siguió mirando desde su niebla helada, y cuando la toqué desapareció.



Miró atónito su mano engarfiada.

Desapareció.



Ordaz, ¿qué es este sueño atroz y continuo? ¿Quién es la muchacha? Siento que en ella hallaré la paz, pero, ¿dónde está? ¿Por qué no la encuentro? ¿Quién es?



El hechicero siguió jugando con sus piezas de bronce. El tintineo resonaba limpiamente en la tarde calurosa. Evitó mirar al pirata.

No lo sé. Los dioses nada dicen.



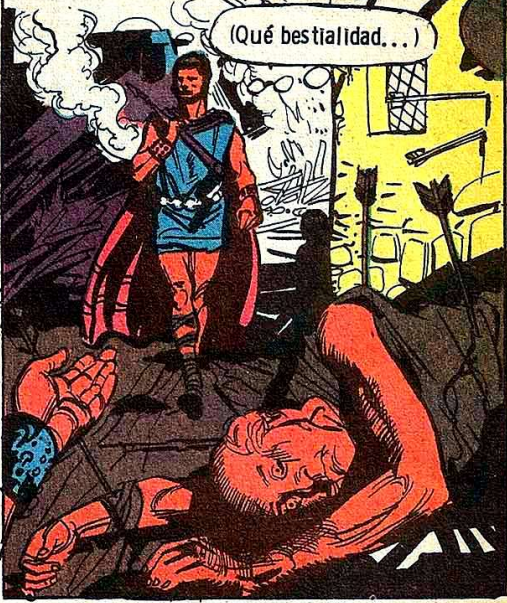
¡Dame esa muchacha! ¡Estoy harto de hallarla sólo en mis sueños! ¡Dámela!



Dámela, o haré correr tanta sangre que los mares cambiarán de color.



Sólo quedaban ruinas, restos ennegrecidos de lo que fuera una aldea. Cadáveres de ancianos por todas partes. Claro. Los jóvenes son buena mercadería para los tratantes de esclavos.



(Las ciudades están en paz. ¿Quién puede estar quebrando la tregua?)



Un ligero rumor me alertó. Un saqueo siempre puede dejar algo detrás y a veces ese algo puede ser peligroso.



¿Quién eres tú, forastero?



No eran soldados sino pescadores. Hombretones rectos de carnes duras de sol y mar. Tenían la mirada sombría de los que han comenzado su jornada con pocos peces y con mucho odio.

Soy un viajero. Me llamo Nippur y vengo del Elam.



¿Y aquí? ¿Qué ocurrió?

Los perros del mar. Lubak llegó, mató, quemó y destruyó. Doce aldeas fueron pasadas bajo el filo de bronce y sus jóvenes deben estar ahora siendo cambiados por oro en los puertos mercantes.



Pero ahora lo estamos esperando. Volverá otra vez. Siempre lo hace. Vuelve como una peste continua, pero ahora lo esperamos. Viviremos de raíces y pescado podrido si es necesario pero no volveremos a lanzar nuestras barcas al mar hasta que no hayamos acabado con él.

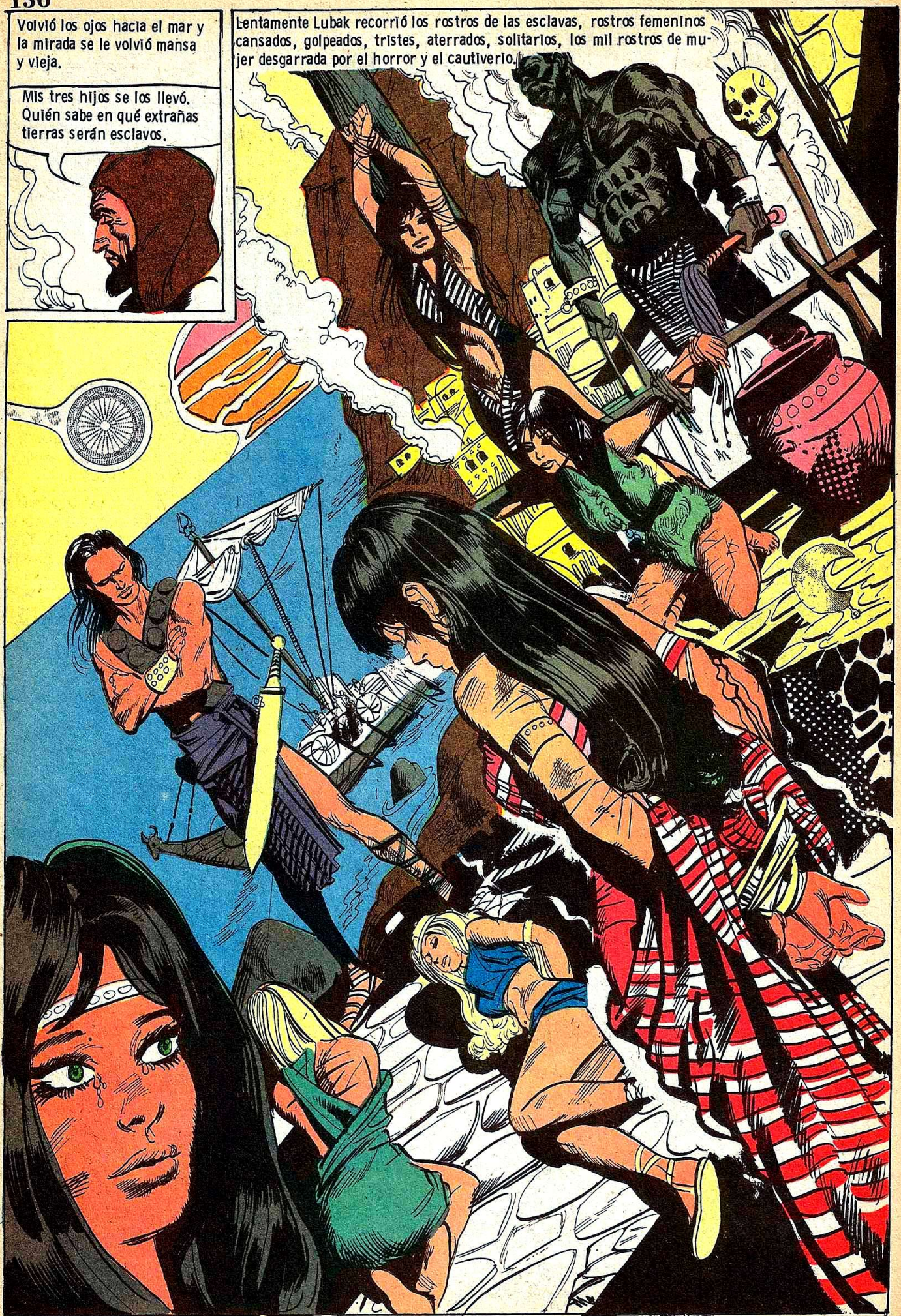


Volvió los ojos hacia el mar y la mirada se le volvió mansa y vieja.

Mis tres hijos se los llevó. Quién sabe en qué extrañas tierras serán esclavos.



Lentamente Lubak recorrió los rostros de las esclavas, rostros femeninos cansados, golpeados, tristes, aterrados, solitarios, los mil rostros de mujer desgarrada por el horror y el cautiverio.





No veo a la mujer. No la veo.

Esa mujer no es más que un sueño, Lubak. No lo olvidas.

No. No. Yo sé que existe en alguna parte. Yo sé que existe y que la encontraré.



Y desde no muy lejos yo observaba a Lubak. Acababa de llegar al puerto de Harros y había coincidido mi llegada con la salida a la venta de los prisioneros que hiciera Lubak en su correría.

(Es de cuerpo poderoso. Un peligroso enemigo indudablemente.)



Tengo que hallarla. Tengo que hallarla.



A medida que bebía, su rostro se iba oscureciendo y una luz terrible hacía arder sus ojos. Sus hombres reían y comían prudentemente apartados de él. Vi un no cerca suyo y por los tatuajes de sus manos adiviné que era un hombre sabio en magia.

(Hay algo tremendo en él. Como si en cualquier momento fuera a arder como una hoguera.)



Y de pronto me hallé mirando sus ojos. Abstraído en mis pensamientos no había advertido que él acababa de alzar la cabeza. Su mirada me produjo un escalofrío.

No me gustan los insolentes, viajero. Y tu mirada es una insolencia.



Se puso de pie volcando la mesa y desvainando un ancho cuchillo de dos hojas. Comprendí que no eran razones las que lo empujaban sino simplemente ansias de matar. A alguien. A cualquiera.



Y las insolencias se mueren sobre el filo de mi cuchillo.

Avanzó hacia mí. Era ancho y poderoso como un navío y todo el vino tomado no había alterado su equilibrio ni su fuerza.



Pero yo soy un viajero de mil caminos y me he vuelto zorro en demasiados combates con toda clase de hombres.



Perro, eres duro, ¿eh?

El silbido de su cuchillo de dos hojas hizo trizas el aire junto a mi oído...

... pero esta vez abrí demasiado su guardia y allí colé mi puño. Y mi puño es un gran puño, muy alabado por algunos y muy detestado y respetado por muchos otros.





Casi de inmediato me encontré en un círculo de espadas y rostros patibularios.

Nadie golpea a Lubak, forastero.

O por lo menos nadie que quiera ver encanecer su cabello.

¡Quietos todos! ¡No lo toquéis!

Ven. Lubak no es un perro que no respeta a quien lo ha vencido. La suerte ha estado de tu lado. Así sea. Bebe conmigo.

No apartaba de mí sus ojos atormentados y tempestuosos y el vino seguía desapareciendo de su copa. Sin embargo no vi que éste llegara a sus ojos.

Mi nombre es Nippur y vengo de Sumeria. Eso es todo.

No es mala cosa el oro. No lo desdén. ¿Puedes ofrecérmelo?

Puedo. Únete a mi tripulación. Me llaman rayo y donde caigo sólo dejo cenizas y desolación.



¿Buscas oro?

¿Por qué acepté? Hasta hoy me lo pregunto. Tal vez porque en algún recóndito espacio de mi memoria flotaba aún el olor a humo. O tal vez por los ojos tristes y velados de la joven rubia encadenada a su mesa.



De acuerdo.

El viejo lanzó sus discos de bronce y los estudió un instante. Luego muy lentamente alzó la cabeza y me miró.

El barco era hermoso y ligero como una flecha. Yo, que amo los corceles y los navíos, lo admiré y lo acaricié como si fuera una mujer. Lubak parecía indiferente a mi admiración.

¿Qué más? Una mujer. Una mujer rubia de rostro helado que me mira desde lo profundo de mis noches. Eso busco.

¿Una mujer? ¿Quién?

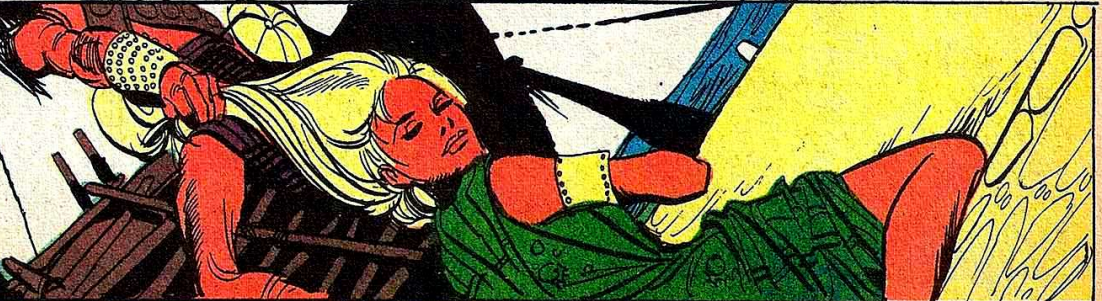


¿Qué más puedes pedir, Lubak? Tienes el mar y tienes un navío como una estrella. ¿Qué más?

No lo sé. Ella está en alguna parte y la única manera de llegar hasta mí es a través de los fantasmas de la noche. Me llama, ¿comprendes? Está en alguna parte.



Lo miré alejarse arrastrando a la joven rubia brutalmente. Su espíritu torturado me fascinaba. Tremendas fuerzas secretas parecían luchar como fieras dentro de él. Era un hombre misterioso, tremendo y oscuro.





Navegamos durante varios días sin detenernos, bordeando la costa, buscando villorrios para saquear pero todos estaban desiertos. Vigías apostados sobre los roquedales habían prevenido nuestra presencia.



¡Maldición! ¡Se han refugiado en los bosques!



Yo agradecería a los dioses por su bondad y me preguntaba cuánto tiempo más me duraría la buena suerte. Me preguntaba si, a mi pesar, debería bañar mis manos en sangre.

(Y ni siquiera sé por qué estoy con él. ¿Para matarlo? ¿O por pura curiosidad?)



Guerrero...



¿Qué deseas?

Guerrero, he oído que tú eres nuevo en la tripulación. Pensé que tal vez por ello no seas aún una fiera como los demás.



Extendió una mano pálida y pude ver la inmensidad azul de sus pupilas dilatadas.

Por favor, ayúdame a huir. No puedo soportar más.

Por favor...



Vuelve a tu rincón antes que nadie te vea hablar conmigo. Pensaré en tus palabras.

Por favor. Hazlo.



La vi volver a su rincón y medité en todo ello. La Luna estaba inmóvil en lo alto y el rumor de las olas se escuchaba nítido. Y de pronto me di cuenta de que alguien nos había estado escuchando.

¿Tú?



Se sentó a mi lado. Por un instante pensé en estrangularlo y arrojar su cuerpo al agua para que no hablara a Lubak pero él me sonrió irónicamente.

No hace falta que lo hagas. No pienso decir nada a Lubak.

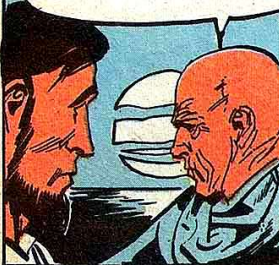
¿Por qué no?



¿Por qué? No lo sé muy bien a decir verdad. Tal vez porque siento que algo definitivo se está cerniendo sobre nosotros. Como si cada uno de nosotros fuera una pieza esencial en un juego cuyo resultado no debo alterar. Y siento que cada uno de nosotros es una pieza necesaria. Tú, yo, la esclava, el barco, todo.

Díme, ¿qué era Lubak antes de ser pirata?

Sacerdote del templo de Ur. Pero un sacerdote que creía. Uno que anhelaba creer. Uno que nunca tocó el oro y que nunca permitió debilidades a su cuerpo. Uno que vivía de agua y de harina y que oraba con el corazón y no con los labios.



Pero un día abrió los ojos y vio la corrupción, y vio por todas partes la lujuria y los intereses. Vio a los que no tenían nada, tratar de tomar todo y a los que lo tenían, defenderlo. Y vio a Samás, su dios-sol, apenas un pedazo de piedra inerte. Y ese día enloqueció.



Destrozó la estatua de Samás y mató a los sacerdotes. Cargó el oro en un carro y salió de la ciudad. Se hizo bandido, un bandido que sólo parecía buscar el aniquilamiento de los hombres.



¿Y tú?

A mí me capturó al saquear el templo de los dioses del mar. No me mató porque comprendió que la muerte nada significaba para mí y porque en cierto modo necesitaba alguien que lo oyera en sus momentos de soledad.



Y ahora hay algo que se aproxima, algo tremendo. La muchacha de los sueños aparece más y más a menudo.

¿La muchacha de los sueños?



No dijo más y no quiso forzarlo. En silencio contemplamos la bola blanca de la Luna que comenzaba a teñirse de rojo bajo la cuchilla del amanecer. El mar parecía volverse de sangre.



Dos noches después lo hice.

(Ahora debo hacerlo. Es la única oportunidad. La costa no está lejos.)



Un pirata se despertó en el momento en que solté la cadena de la muchacha.

¿Qué haces?



Sólo tuve tiempo de hundir mi puño en su boca y mi puñal en su garganta. Saltó de las tinieblas de la noche a las tinieblas de la muerte casi sin comprender lo que ocurría.



Ahora, muchacha. La costa está cerca. Nada en silencio.

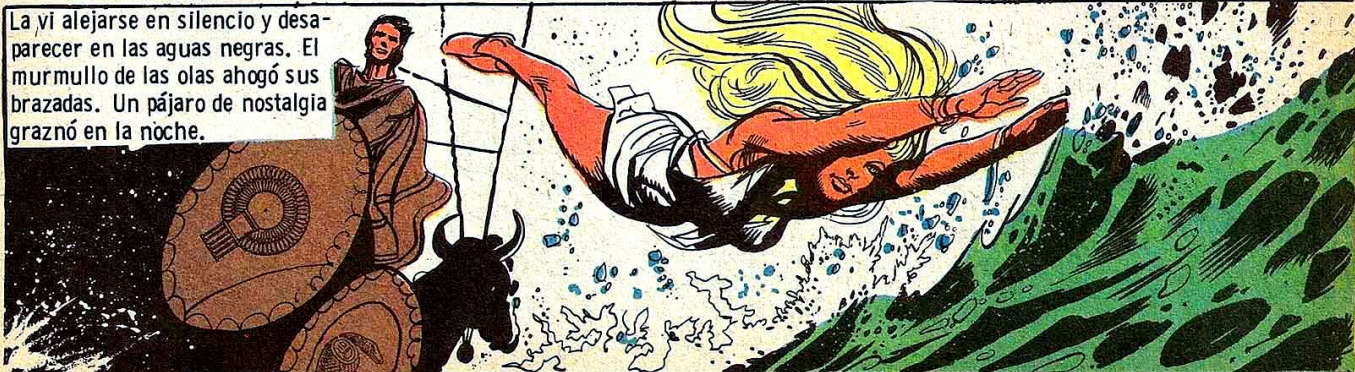
¿Y tú?



Yo me quedaré. Aún hay cosas que deseo ver. Vete.



La vi alejarse en silencio y desaparecer en las aguas negras. El murmullo de las olas ahogó sus brazadas. Un pájaro de nostalgia graznó en la noche.





¿Por qué lo has hecho, Nippur? Ha sido una tontería.



Supe que estaba perdido. Intenté saltar al agua pero...

¡Sujétenlo!



¡Ahhh!



¡Ahhh!

Basta. No quiero que lo maten. Lívenlo a la playa y enciendan una hoguera. En la mañana nos ocuparemos de él.



Ha sido una tontería, Nippur, y mañana lo comprenderás más que nunca. No te mataré, ¿sabes? Simplemente te dejaré sin manos y sin ojos para que puedas ir a buscar tu alimento como los perros, escarbando la tierra. Sí. Voy a jugar a ser un dios y a darte una nueva forma de vivir.



La hoguera crujió cerca mío y a veces el viento lanzaba el olor de resina y de madera carbonizada. Un olor agradable y puro en la noche salada. Y también sentía el olor de mi miedo, un olor ácido y malsano.

Ordaz había lanzado una sola vez sus discos de bronce y luego había quedado inmóvil contemplándolos. No había vuelto a moverse.



Lubak dormía cerca mío, su gran cuerpo resplandeciente como una llama a la luz de la hoguera.



Lubak dormía y en la noche estrellas extraños mundos cruzaban el espacio dejando una línea de luz, un reguero de pequeñas hogueras. Lubak volaba en el mundo de los sueños.



Y la muchacha estaba de pronto allí, como en tantas noches, como en tantos sueños.



Tú...

La joven no se movió. Sus ojos palidísimos parecían haberse encajado en las pupilas, atrayendo a Lubak, hipnotizándolo, cavando dentro de su alma como pequeños animales carniceros de cristal.

No desaparezcas. Eres mía.



Y la joven sonrió muy despacio. Sus labios se estiraron suavemente mientras los ojos palidísimos se entrecerraban.



Ven, Lubak.



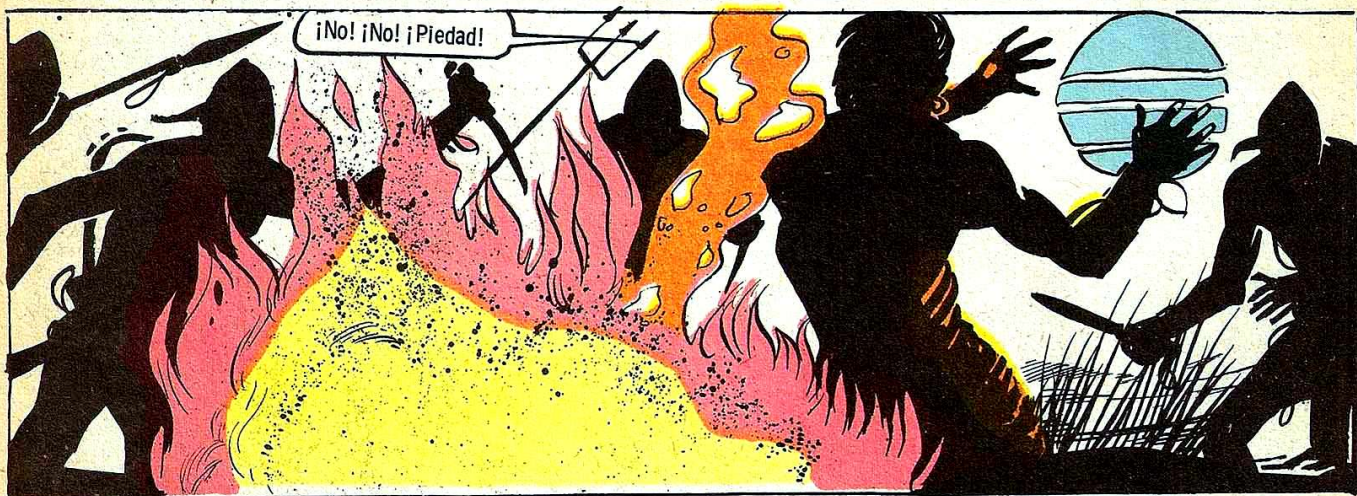
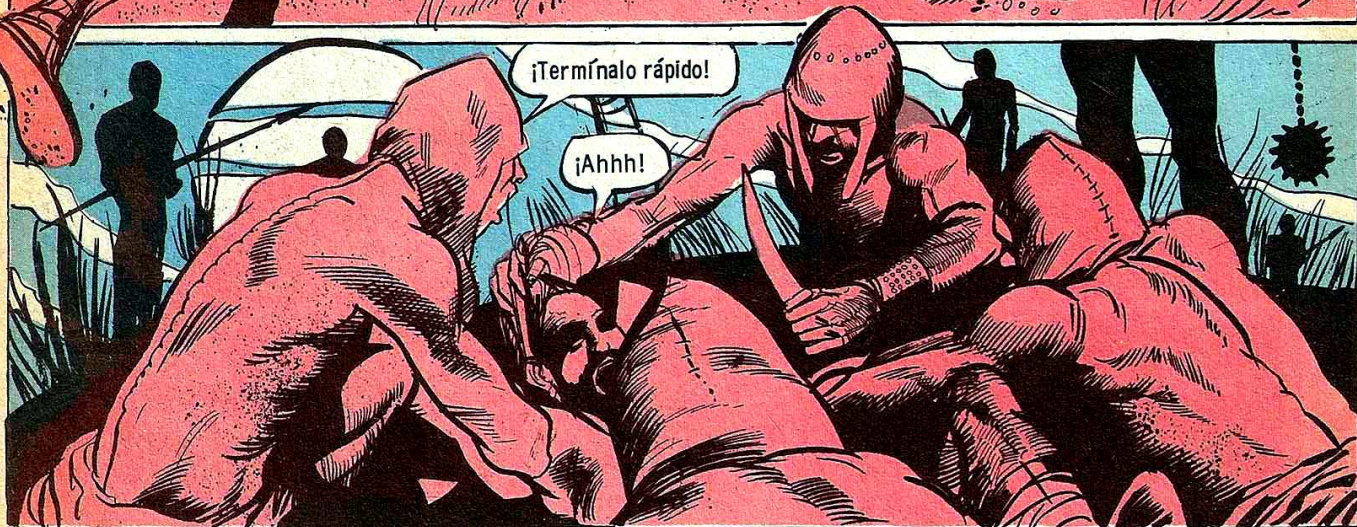
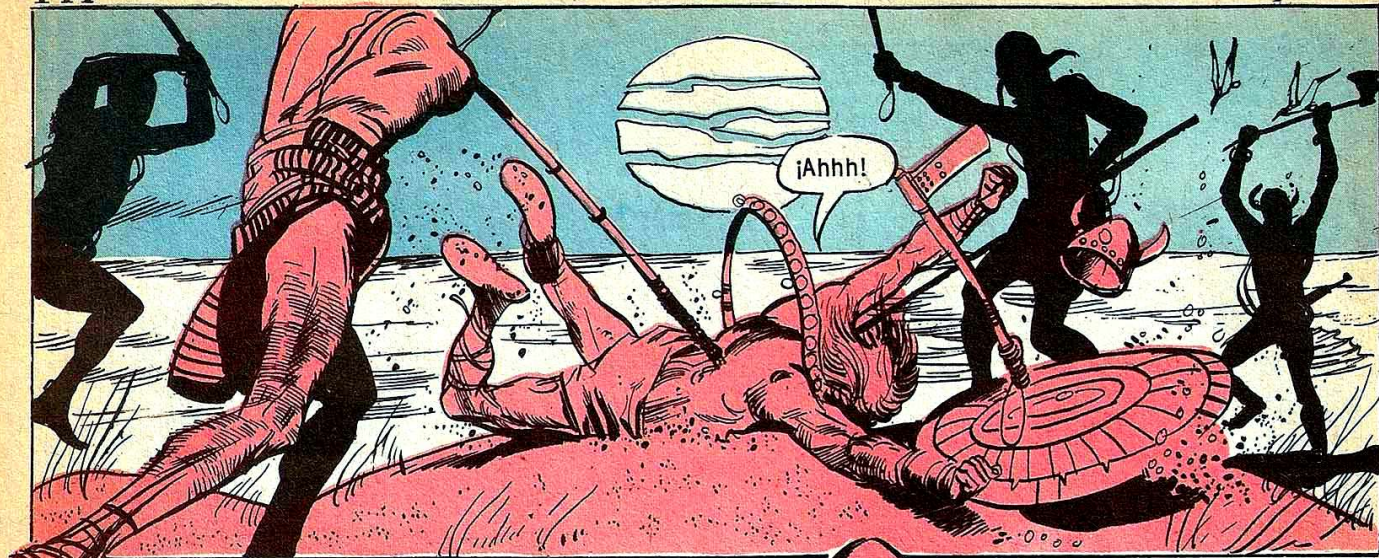
Y un alarido espantoso desgarró los planetas, las constelaciones, los anhelos y la flora de oro del deseo.

¡Ven!



Y llamas que crecen, y gritos, y voces que se elevan en todas partes, y el estruendo de todas las montañas del mundo desplomándose.





Luego se detuvieron jadeando, con la sangre hasta los codos y los cuchillos humeantes. De pronto vi la cabellera rubia.

¡Allí está! ¡Llegamos a tiempo!



Te encontramos otra vez, viajero.

Sí. Veo que no bromeabas aquel día.



No. No bromeaba. Ahora podremos volver a nuestras redes y nuestros peces. Ahora se ha acabado la peste.

Aún no. ¿Y Lubak?



Habló Ordaz, el sacerdote consejero de Lubak, milagrosamente ileso.

Está aquí.



Rodeamos su cuerpo y durante un rato nadie habló. El rostro lívido y muerto de Lubak era una máscara de terror.

No tiene ninguna herida.

No. ¿De qué murió?



Halló a su mujer, eso es todo. Halló a la mujer eterna que lo acechaba desde que hizo correr la sangre en el templo. El olvidó que los sacerdotes corruptos no son el retrato de los dioses. Los dioses son incorruptibles. Los dioses tienen la memoria larga.



Los dioses tienen la justicia dura.



Alguien lo mató sin hacerlo sufrir. Él se dejó hacer con cansancio y su cuerpo ni siquiera produjo ruido al caer.



Luego los pescadores comenzaron a irse. Era tarde y me di cuenta que estaban pensando ya en sus barcas y en sus redes, y en los peces que cosecharían como mieses de plata. Era lo justo. La muerte ya era pasado.



Ven, Nippur.



Atrás mío quedó la hoguera, los muertos y el bosque sombrío. En mi mano la mano de la doncella rubia era como un pájaro tibio que se aferraba a mí. Por esa mano y por sus ojos vacilantes que me preguntaban sonreí y desanudé mi garganta y mi angustia. El primer canto de los pájaros alborotó los árboles.

fin

NIPPUR DE LAGASH

3
**LA ESPADA DE
LOS MUERTOS**

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

1-006



Nadie creyó jamás que el sumerio volvería. Conocíamos la historia y sabíamos la amenaza que pesaba sobre él, esa condena de muerte aullada sobre los roquedales... y sin embargo volvió con las primeras nieves de la estación del frío.

Yo soy una vieja mujer y tengo los ojos cansados de ver cosas ocurrir, las más de ellas crueles y malas y a veces, semiahogadas entre ese mar, algunas briznas de felicidad... Soy una mujer vieja y cansada sola en el mundo, con algunos recuerdos envejecidos que ya no significan nada para nadie...

Y sin embargo, ¡qué placer era ver a ese jinete soberbio entrar al paso lento en el pueblo! Era el más alto de los hombres que yo nunca viera y había en él fuerza suficiente para hacer temblar las montañas y sin embargo su rostro no se había endurecido y guardaba una amplia bondad de río, inalterable, pura...



Samás te bendiga, mujer.



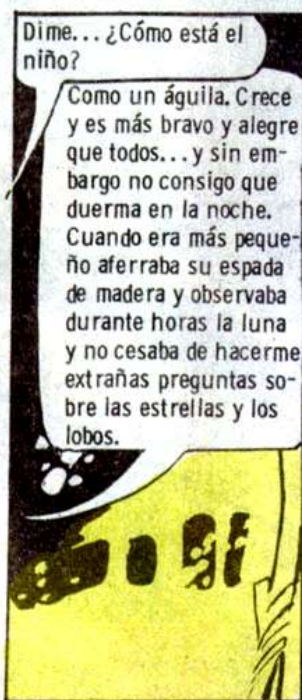
¿Por qué has vuelto, Nippur? La mujer se enfurecerá.

Tenía que volver, mujer. Lo sabes. Tenía que volver con esta nieve.



Lo sé... pero es absurdo. ¿Qué ganarás con ello?

No sé si ganaré algo, pero si no lo hiciera perdería mucho.



Dime... ¿Cómo está el niño?

Como un águila. Crece y es más bravo y alegre que todos... y sin embargo no consigo que duerma en la noche. Cuando era más pequeño aferraba su espada de madera y observaba durante horas la luna y no cesaba de hacerme extrañas preguntas sobre las estrellas y los lobos.



¿Sabe lo de su padre?

¿Cómo podría ignorarlo? Ha oído hablar de su muerte y rechina los dientes y ruge como un pequeño león. Nadie conoce su origen y todos suponen que aquel niño, el hijo del muerto, murió durante aquella nevada.



Tráelo, mujer.



¿Lo llevarás allí?
Sí. Lo sabes bien.



Claro que lo sabía, pero nosotros, los viejos, hemos aprendido mucho de la vida y conocemos la inutilidad de tantas cosas que parecen importantes a los otros.

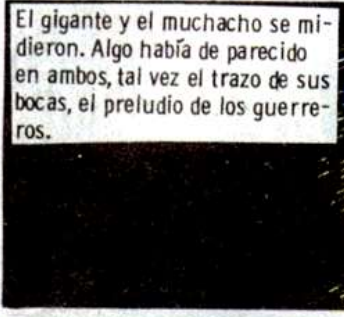
Espera.



Arriba, en las montañas, en su fortaleza de piedra helada, vivía la mujer. Allí el viento sopla sin cesar y nada crece, como no sea la soledad y la amargura.



El es Nippur, Agga. El era amigo de tu padre.



El gigante y el muchacho se midieron. Algo había de parecido en ambos, tal vez el trazo de sus bocas, el preludio de los guerreros.



Si eres amigo de mi padre, háblame de él. Nadie lo hace. Sólo sé que fue muerto aquí cerca por un puñado de asesinos. Háblame de él.



Ven conmigo.



La mujer volvió la cabeza a un costado como lo hacía siempre y observó la vaina vacía clavada en la pared. Y como cada día, se preguntó dónde estaría la espada.



-Cava aquí, Agga. Yo no puedo ayudarte. Ninguna mano debe tocar lo que tú hallarás.

Muy bien.



¿Está allí, Nippur?

Sí. Tal cual la encontré.



Y de pronto oímos la voz del niño...

¡Mira! ¡Mira lo que hallé!



Háblame ahora, Nippur. Cuéntame.

Escúchame con atención...



-Allá en lo alto, en las montañas, vive una mujer. Esta mujer es odiada por todos pues es dura y tiene el corazón lleno de amargura. Habita una fortaleza de piedra y es dueña de todas estas tierras. He oído hablar de ella. ¿Conocía a mi padre?



Era su madre.



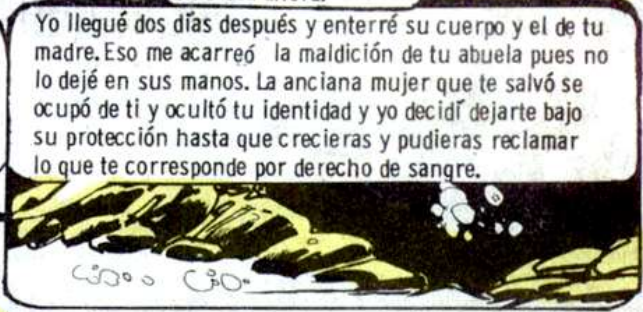
Tu padre fue un buen guerrero y un buen hombre. Viajó mucho y corrió muchas aventuras. Nos conocimos durante las guerras y luego él regresó. No volvió solo. Traía consigo una esposa, tu madre, y un hijo recién nacido, tú.



Tu abuela se enfureció. Ella era una mujer que dominaba todo con puño de hierro y todos la obedecían excepto tu padre. Se negó a que viviera en la fortaleza. Eso no importó a tu padre que amaba las llanuras y el sol y se instaló aquí cerca. El debió asumir el poder al cumplirse el año del Venado. O sea ahora.



Pero una noche, un grupo de bandidos atacó la casa de tu padre. Tu madre fue muerta y también él. Murió peleando y se llevó a todos sus atacantes con él. Eso te salvó la vida y el hecho de que una criada, esta anciana, huyera contigo en medio de la borrasca.



Yo llegué dos días después y enterré su cuerpo y el de tu madre. Eso me acarregó la maldición de tu abuela pues no lo dejé en sus manos. La anciana mujer que te salvó se ocupó de ti y ocultó tu identidad y yo decidí dejarte bajo su protección hasta que crecieras y pudieras reclamar lo que te corresponde por derecho de sangre.



Hoy has visto pasar ante tus ojos doce inviernos. Eres un hombre y tienes la espada de tu padre. Y yo he venido a llevarte a la mansión de piedra para que enfrentes a la mujer.

El niño sonrió. Tenía dientes blancos y perfectos y su magnífica cabellera negra azuleaba bajo el beso del fuego... Sabía que algo así se ocultaba en mi vida. Quiero ver a esa mujer, mi abuela.



Ur-Nansha observaba a la vieja mujer pensativamente. Era un hombre delgado y duro, con ese cuerpo de látigo de los montañeses y con los ojos tormentosos de un hombre que vive encarcelado en sí mismo.



La mujer se cubrió los oídos con las manos para no oír el viento. O tal vez para no oír algo más.



(La mujer no vivirá mucho más tiempo.)

(Y sin embargo, ¿cómo pudo vivir tanto? Debió haber muerto al recibir la noticia de la muerte de su hijo... mi querido primo...)



Los ojos tormentosos se convirtieron en una angosta figura de frustración.

(Mi gallardo primo... Mi heroico primo... Y su hermosa mujer.)



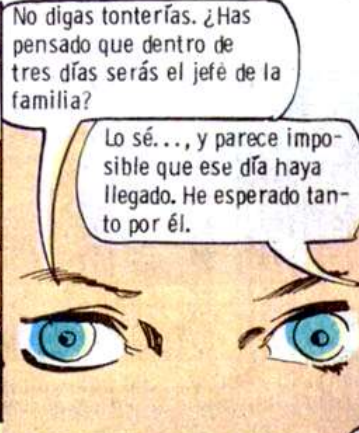


(Su hermosa mujer...)



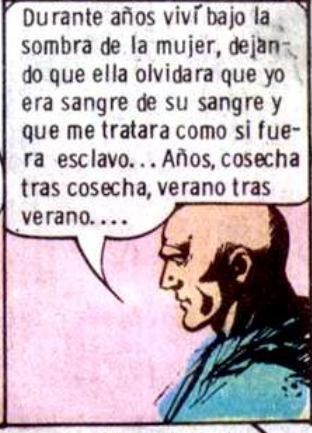
¿Recordando, Ur-Nansha?

Deberías perder esa costumbre de caminar en silencio, Anki. Puede traerte problemas.



No digas tonterías. ¿Has pensado que dentro de tres días serás el jefe de la familia?

Lo sé... y parece imposible que ese día haya llegado. He esperado tanto por él.



Durante años viví bajo la sombra de la mujer, dejando que ella olvidara que yo era sangre de su sangre y que me tratara como si fuera esclavo... Años, cosecha tras cosecha, verano tras verano....



Y de pronto su hijo volvió...

Sí. Y con una mujer. Eso era malo para mí. Y también para ti. Una mujer de influencia hubiera acabado con tu dominio. Nosotros éramos las manos de la mujer y de pronto querían amputarnos.



Y por eso maté primero.



¿Crees que la mujer sabe quién lo hizo?

No. Además su orgullo no le permitiría preguntar nada. Juró que él había muerto para ella cuando abandonó la fortaleza.



En tres días serás la cabeza... Serás el amo...

Sí... Sí...



Dime, Ur-Nansha... ¿Amabas mucho a la mujer de tu primo?

¿Eh? ¿Por qué preguntas eso?



Anki sonrió felinamente, como tal vez sonríen las almas de los gatos cuando hacen brotar los garfios de sus patas sedosas...

Ella fue apuñalada casi veinte veces... Hay que odiar mucho para matar así. O amar mucho...

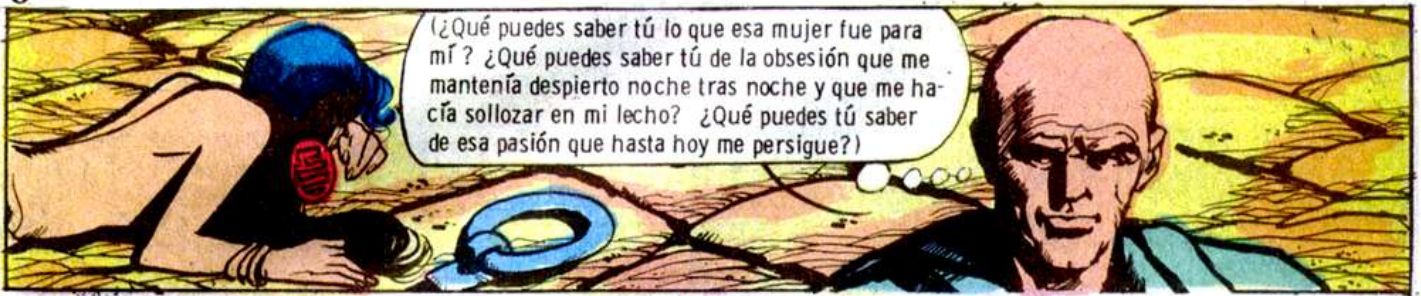


Pero... ¡No...!



¡Nunca vuelvas a mencionarla! ¿Me oyes? ¡Incluso muerta ella vale demasiado para ser puesta en boca de una mujerzuela como tú!

Piedad... No quise...



(¿Qué puedes saber tú lo que esa mujer fue para mí? ¿Qué puedes saber tú de la obsesión que me mantenía despierto noche tras noche y que me hacía sollozar en mi lecho? ¿Qué puedes tú saber de esa pasión que hasta hoy me persigue?)



(Oh, mujer... ¡Cómo te odiaba yo! ¡Cómo te amaba!)



El viento silbaba sobre las rocas y el niño se detuvo. En las alturas rocosas se veía el parpadear de las antorchas...

¿Es allí?

Sí.



¿Tienes miedo?



El niño alzó rabiosamente la cabeza...

¿Miedo? ¿Qué cosa extraña es ésa? Nunca la había oído mencionar.



(Si la sangre de su padre fuera verde y tiñera su piel no haría más evidente su origen. Sólo un león hace nacer a otro.)



La mujer abrió lentamente el cofre e introdujo dos dedos en él.



Por un largo rato observó el largo mechón de cabellos negros, azulosos a la luz de las antorchas. Su rostro tembló de pronto como una muralla a punto de desmoronarse...

Ah, sí.



(¿Por qué tanto orgullo? Mira lo que me ha quedado de ti, hijo... Un puñado de cabello... Ni sé dónde está tu cuerpo... Ni el de tu mujer... Ni el de tu niño... ¿Quién te mató? Sé que fui dura pero, ¿cómo imaginar que los dioses iban a castigarme así?)

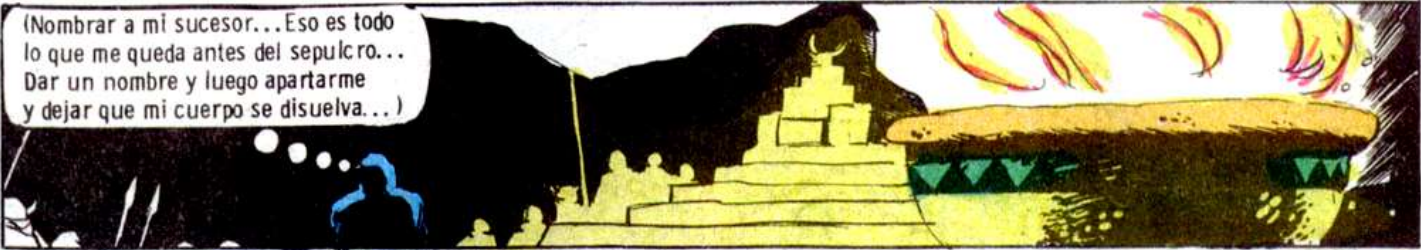


Señora...

¿Eh?



Todos los hombres de tu tierra han llegado y esperan que tú vayas y nombres a tu sucesor.



(Nombrar a mi sucesor... Eso es todo lo que me queda antes del sepulcro... Dar un nombre y luego apartarme y dejar que mi cuerpo se disuelva...)



Los hombres estaban reunidos allí. Guerreros con sus espadas, pastores con sus cayados, labriegos oprimidos por la grandeza del lugar, cantores en silencio y oportunistas alertas. La mujer los observó lentamente y no encontró en su corazón ningún sentimiento...



Hombres... El tiempo ha doblegado mis espaldas y mis días están contados por los dioses. El peso del mando es demasiado y he decidido traspasarlo...



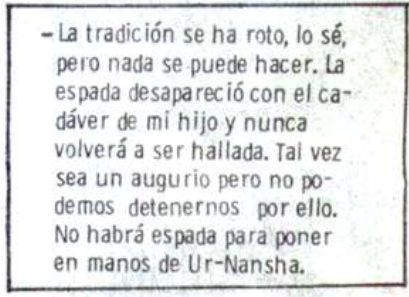
... a mi sobrino Ur-Nansha, dado que mi sangre no se ha reproducido. Es él quien deberá regir vuestros destinos ahora.



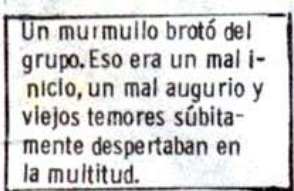
Pero... ¿Y la espada?



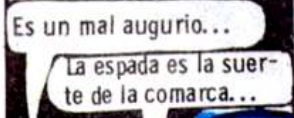
Todas las miradas se volvieron a la funda vacía, clavada en el muro, que parecía relucir como un diamante...



-La tradición se ha roto, lo sé, pero nada se puede hacer. La espada desapareció con el cadáver de mi hijo y nunca volverá a ser hallada. Tal vez sea un augurio pero no podemos detenernos por ello. No habrá espada para poner en manos de Ur-Nansha.



Un murmullo brotó del grupo. Eso era un mal inicio, un mal augurio y viejos temores súbitamente despertaban en la multitud.



Es un mal augurio... La espada es la suerte de la comarca...



Sé lo que ustedes piensan pero no tenemos otra solución. La espada está perdida para...



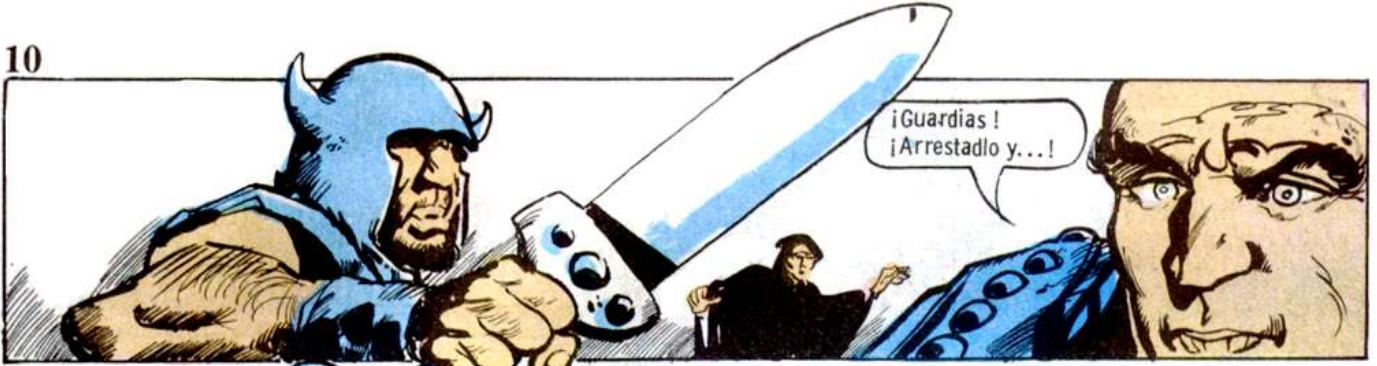
Un momento.



¿Tú...? Prohibí que pisaras esta tierra otra vez...



Lo sé. Pero aquí estoy.



¡Guardias!
¡Arrestado y...!



Tengo la
espada.

Un silencio total cayó sobre la sala como si un soplo de viento los hubiera congelado. Por fin, la mujer murmuró:



¿La tienes?



¡Es mentira! ¡Debe ser una treta!
¡Nadie...!



Mira, mujer.



No solamente la mujer miró. Todos los ojos siguieron el gesto de la mano del gigante y se clavaron atónitos en la figura negra que se erguía con las piernas esparrancadas, apoyado en la reluciente espada.



No... No puede ser...



¿No? Sí puede ser, mujer. Quienquiera que llevó la muerte fuera de esta casa olvidó la semilla. He aquí la espada otra vez en tu recinto y las manos que la llevan son sus verdaderas dueñas.



¡No! ¡El niño también murió! ¡Este es un impostor!



¿Cómo sabes que el niño murió, Ur-Nansha? Nadie vio lo que ocurrió esa noche... ¿O tal vez lo viste tú?



El hombre atormentado no se inmutó. Parecía hipnotizado por el rostro del muchacho como si a través de él viera otro...

Apelo a la ley. El juicio de las espadas es bueno cuando hay dudas.



¡El es un niño aún!
¡Lucha conmigo!

¡Tú no eres el postulante!
¡Nada tienes para defender!
¡No! ¡El debe luchar!



Apártate, Níppur. Este hombre es mío.

Pero...

Los ojos del niño brillaban como brasas. Tal vez algo oscuro, nacido de la noche y de la muerte había huído de una cárcel misteriosa y se había deslizado dentro suyo.



Apártate.



Ah... Eres mío...

(Y una vez que hayas muerto ese rostro de mujer cesará de perseguirme... Ese rostro que es tu mismo rostro...)



¡Dejará de perseguirme!

El niño se movía velozmente, con agilidad de gato, sin que en ningún momento sus ojos quemantes se apartaran de su enemigo.



Ur-Nansha trataba de acorralarlo. El cuerpo le tiembla como afebrado.



Y de pronto sus ojos se encuentran con los del niño...



¡No!

El primer espadazo del niño lo hace retroceder. El brillo de la espada es enceguecedor...



Tú...



¡No! ¡No!

El niño avanza sobre él. Tiene los ojos resplandecientes como la espada que centellea en la mano...





¡Perdóname...!



¡Ahhhhhhh!



Ah...



Perdóname... Yo no quise...

Ur-Nansha está de rodillas y mira ante sí. Nadie comprende sus palabras. Nadie comprende que él mira algo que nadie más puede ver...



Luego, todo termina...



El niño observa lentamente a su alrededor. Nadie sostiene su mirada. Entonces alza la vista y la clava en la silenciosa mujer en lo alto.

Por un instante ambos se observan sin una palabra...



Por fin, la mujer se pone de pie y se aparta del gran trono de piedra. Una especie de profundo suspiro se eleva de los hombres allí reunidos...



El niño comienza a subir los escalones que llevan a él. El aire parece liviano y menos frío y se ve el rostro de la mujer aflojarse y de pronto, es solamente una anciana expectante que mira a su nieto llegar.



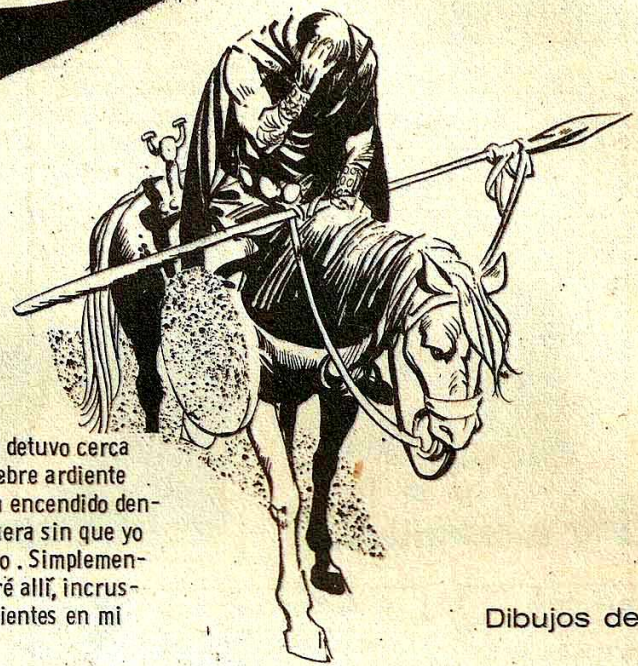
Nippur de Lagash observa. Sangre de leones y espadas de sol, su tarea ha terminado y dentro de su pecho siente el orgullo y el alivio. Que los muertos descansen en paz. Los vivos ya han saldado la cuenta.

fin

NIPPUR DE LAGASH

EL PUEBLO DEL PANTANO

Por ROBIN WOOD



Fue la fiebre lo que me detuvo cerca de los pantanos. Una fiebre ardiente y amarilla que se había encendido dentro mío como una hoguera sin que yo supiera cómo ni cuándo. Simplemente, de pronto la encontré allí, incrustada, clavando uñas y dientes en mi sangre...

Dibujos de MULKO



No conocía la región y había llegado a ella siguiendo el curso de las nubes. Sabía que al norte vivían las tribus que cazan con dos lanzas y que son generalmente contratadas como mercenarios por las ciudades de los ríos. Al sur viven los hombres de los arenales que montan caballos jorobados y usan cascos de cuero con plumas de águila.



Pero aquí, en el centro, reinaba un gran silencio. Ni pájaros, ni insectos, ni voces, ni animales. Hasta el viento parecía colgar muerto y en harapos de las ramas espinosas de esos árboles retorcidos.

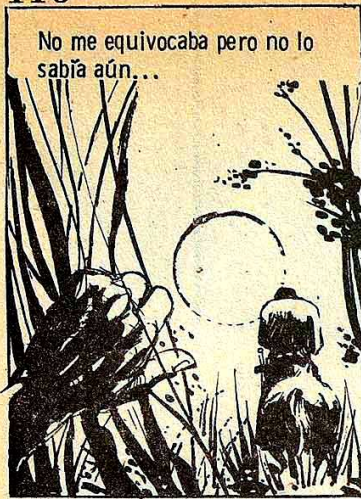


(Extraña región ésta... Mal lugar para caer enfermo... Mal lugar para estar solo...)



(Y sin embargo siento como si no lo estuviera... Como si alguien me observara...)





No me equivocaba pero no lo sabía aún...

Me detuve y acampé cerca de la gran ciénaga. El suelo era blanquecino y tibio y me costó hallar leña seca y piedras para encender un fuego. Mi sangre hervía en mis venas...

(Mal lugar... Sí... Mal lugar...)



El silencio se volvía más opresivo y una neblina pesada y blancuzca se levantaba del pantano rodeándome. Mi hoguera titilaba como el único ojo de un animal moribundo...

(En la mañana estaré mejor... Entonces intentaré abandonar esta región... El sol me hará bien...)



(Dormir... Debo dormir...)



Extrañas sombras se mueven en la neblina blanca... Un chapoteo de fango... La succión de ventosa del pantano que es abandonado por un cuerpo vivo... La hoguera que muere lentamente sobre el suelo verdoso y una burbuja de lodo que estalla vagamente a lo lejos...



No es un hombre del norte...

No. Y tampoco un asesino del desierto...



Entonces no es enemigo.

No... Tal vez simplemente un viajero... Y tiene la fiebre.



El pantano cierra otra vez sus fauces de nieblas sobre el pequeño rumor de vida que, casi furtivamente brotara de él. El lodo calla y sus burbujas enmudecen. Una pálida flor silvestre muere casi al abrirse como agobiada por el simple acto de nacer...



Pero...

Desperté con la luz. Mi fiebre rugía en mi sangre como un tigre ciego y herido y mi cuerpo era un campo de batalla en el cual yo era derrotado interminablemente...



(Frutas... Alimentos... Leña... ¿Qué significa esto? Y hay una calabaza con un líquido que parece medicina...)



Bebí. Era amargo y repugnante y sin embargo tenía un mensaje de calma... Pareció arrojar casi de inmediato una oleada de frescor en mi cuerpo calcinado.

(Dormir... Eso quiero...)



¿Mejora?

Sí. Dejaremos más jugo para mañana... pero aún estará muy débil para irse.

Y así, cada mañana durante tres soles hallé esos extraños presentes que los duendes de la noche depositaran junto a mí. Poco a poco la fiebre fue retrocediendo...

(¿Quiénes son? ¿Quién puede vivir aquí? ¿Por qué no se dejan ver?)



(Quién sabe qué raza de monstruos son... Tal vez deformes... o proscritos... Y sin embargo han sido generosos conmigo...)



(Mañana podré partir... Dejaré un regalo... Tal vez mis flechas y mi arco... Sí. Eso haré...)



Pero fue un redoble de cascos lo que me despertó antes que el sol. Me pareció que el silencio en el pantano era más pesado y completo que nunca... Me puse de pie, con la mano apoyada en mi lanza...

(¿Quién será?)



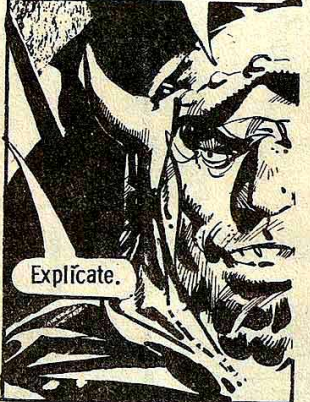
Eran dos jinetes y supe que eran hombres del norte por sus miserables caballos y sus dos lanzas cortas sobre el muslo derecho. Me sorprendió la gran cantidad de flechas que llevaban.

Los dioses te protejan, forastero. ¿También vas de cacería?



Cambiaron una mirada y lanzaron una carcajada. No me gustó su risa, era una mala risa de la misma manera que hay malas carnes que se han podrido y que no guardan semejanza con la buena.

Hay caza, forastero. Y no es mala.

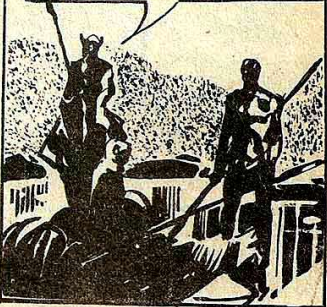


Explícate.

Cazamos a los monstruos que habitan en el pantano. Nunca hemos podido atrapar a uno ni vivo ni muerto. A veces los matamos con una flecha pero siempre sus compañeros se llevan el cuerpo y es imposible perseguirlos en la ciénaga. Nosotros nos hundimos pero ellos caminan sobre el lodo.



Pero tal vez tengamos suerte. Hemos apostado diez pellejos de vino a que volveremos con el cuerpo de uno de ellos.



¿Cacería? ¿Qué puedes cazar en este sitio?

Pues acabas de perder tu vino.

¿Qué quieres de...?



Lo golpeé entre las cejas con el cabo de mi lanza roto y sentí el ruido de hueso roto. Su cabello relincho y se encabrió cuando cayó...



El segundo, pasó el momento de sorpresa intentó embestirme con su caballo. Fue un error. El animal apenas pudo avanzar sobre ese suelo tibio y blancuzco...



En cambio yo pude avanzar rápidamente sobre él. Mis fuerzas no eran muchas y no quería enredarme en una pelea larga con ese vigoroso imbécil, así que...



Todo su deseo de lucha se disolvió al sentir su muslo rajado de punta a punta. Intentó detener la sangre con sus manos y se quedó mirándome estúpidamente...



Lárgate. Llévate a tu amigo. No habrá caza hoy.

Volveremos.



La pelea me había agotado. Mis fuerzas eran aún más escasas de lo que había supuesto. Olvidé la amenaza y volví a tenderme en mi pequeño campamento.



(Un buen descanso y en la mañana partiré...)

La noche cayó pero algo extraño flotaba en el aire, algo que no me permitía dormir...



Y de pronto oí el susurro que llegó a mí desde el pantano...



Un escalofrío de terror me estremeció. Los viejos horrores de mi niñez se abrieron ante mí, de pronto, como un sendero negro...



Y otra vez la voz casi como un suspiro:



No... no quiero...



Y entonces oí los caballos... Muchos. Y vi las antorchas brillando en la noche...





Los hombres con los que luchaste, Nippur... Han vuelto con muchos amigos... Ven... Debes huir.



¡Por allí debe estar!



Ven.



Mis pies se hundieron con un gorgoteo alucinante en el fango tibio y las burbujas estallaron a mi alrededor. Una mano delgada tomó una de las mías y la misma voz susurró:

Sígueme. No te desvíes ni un solo dedo del camino que yo indique.

Pero... ¡Nos hundiremos!



Sígueme.

El lodo siguió subiendo y alcanzó hasta mi pecho. Iba a gritar de terror cuando sentí algo duro bajo mis pies.



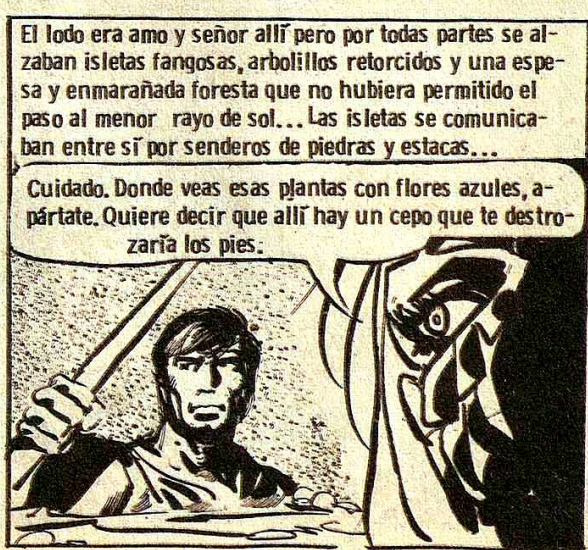
(Piedras... Un sendero de piedras bajo el fango...)



(Esa es la manera en que huyen... Han plantado senderos de piedra en el fondo del pantano... Claro... Si no se conocen es la muerte... Astuto...)



Allí, Nippur... Allí está, mi gente...



El lodo era amo y señor allí pero por todas partes se alzaban isletas fangosas, arbolillos retorcidos y una espesa y enmarañada foresta que no hubiera permitido el paso al menor rayo de sol... Las isletas se comunicaban entre sí por senderos de piedras y estacas...

Cuidado. Donde veas esas plantas con flores azules, apártate. Quiere decir que allí hay un cepo que te destruiría los pies.



¿Vosotros colocáis las plantas?

Sí. De esa manera sabemos el lugar donde están los cepos. ¿Quién sospecharía de ello?

Numerosas figuras se movían en las isletas ocupadas en los quehaceres de cualquier pueblo, sea el que fuera y todos llevaban el rostro cubierto por extrañas máscaras de corteza o de hojas y era imposible averiguar si era hombre o mujer excepto por la forma de sus brazos.

¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué esta vida?



Vivíamos en los lindes de las montañas, en paz y solitarios pero llegaron hombres del norte con ganados y familias y nos atacaron. No éramos guerreros y no podíamos defendernos. Retrocedimos. Pero un día aparecieron los hombres de las arenas y estuvimos acorralados. Entonces vinimos a vivir aquí.



Esto es horrible.

Horrible es morir. Aquí estamos vivos.



¿Por qué tanto encarnizamiento por parte de vuestros enemigos?



Se tocó la máscara con un dedo...

A causa de nuestros rostros, Nippur. Ese es nuestro secreto. Hemos sufrido tanto a causa de ello que los hemos cubierto. De esa manera esperamos que un día nos olviden. Tal vez cuando ese día llegue podremos huir de aquí y buscar una tierra lejana donde vivir.



¿Cómo sabes mi nombre?



Algo en su manera de moverse me hizo comprender que era una mujer. Un vistazo a sus manos largas y finas me lo confirmó. El corazón me latió aceleradamente ante el misterio...



Hablaste durante tu delirio, Nippur. Y yo te he cuidado durante las noches..

Entonces te llamaré... Mujer.



¿Cuál es tu nombre?

¿Nombre? Eso es un lujo de otros pueblos, Nippur. Nosotros no tenemos nada parecido.



Se inmobilizó por un instante e instintivamente su mano se alzó como buscando un bucle de cabellos para colocar en su lugar. Era un gesto más viejo que ella... pero sus dedos sólo hallaron la superficie rugosa de la máscara.



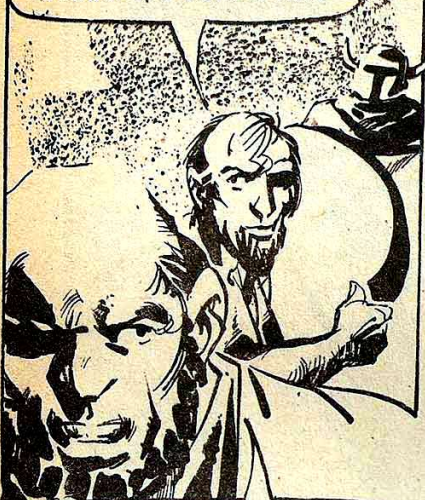
Las antorchas ardían y los hombres observaban el pantano. Algunas grandes burbujas estallaban aquí y allá y eso y el resollar de un caballo era el único sonido que se oía.

Los monstruos lo deben haber devorado.

Debía ser un loco... ¿Por qué defenderlos?



Quiero atrapar a uno de ellos.



Es una tontería. Son bestias, eso es todo. Nosotros volveremos al pueblo.

¿Ollar? ¿Gadhar?

Nos quedaremos contigo si quieres. También nosotros estamos curiosos.



Cavaremos una fosa y la cubriremos con ramas y fango y nos ocultaremos en su interior. Alguno saldrá...



Nunca los oía moverse. Pasaban como sombras y de vez en cuando me tocaban amistosamente en el hombro. Todos parecían delgados y vagamente graciosos y pese a sus máscaras y sus vestiduras y el barro no despertaban mi inquietud.



Déjame ver tu rostro.

Ella vacilaba y yo sentía sus ojos buscar los míos, luchar un instante y luego oír su voz susurrar:

Lo siento... No... Lo hemos jurado...



Y esa voz susurrada y esas manos finas me herían el corazón como una gota de frío. Yo tomaba sus manos, tembloroso como si volviera a ser un jovencuelo de sangre simple...

Te amo.



Nunca me has visto... ¿Cómo puedes amarme?

No lo sé. Amo tu voz. Amo tus manos. Amo tu risa cuando ríes... No temas...



Tendrás que irte un día, Nippur. Volverás al sol y al mundo de los hombres que pisan las rocas. Yo me quedaré aquí. No rompas mi equilibrio. Por favor.





¡La bestia!



Los vi desbandarse como pájaros tras una pedrada.

¿Qué es eso?

¡El monstruo! ¡Ha atrapado a uno de los nuestros!



La ciénaga tembló... Vi el revuelo de la lucha terrible...

¡Ahhh!



Avancé tambaleándome en el cenagal esgrimiendo mi lanza. Oí el sollozo ronco de aquel ser misterioso y ese sonido me enloquecía como si esa criatura sin rostro fuera carne de mi carne.

¡Espera, hermano!



Vi la verde pupila de la bestia y su pata grosera alzarse. Su vientre blancuzco relampagueó ante mis ojos...



Sentí su fuerza terrible debatirse en el extremo de mi lanza y empujé con toda mi rabia. Oí mi propia voz rugiendo hasta cubrir el bramido de la fiera.



Y luego se inmovilizó. Todo cesó...



¿Cómo está?

Ha muerto, Nippur. Ha sido demasiado tarde...

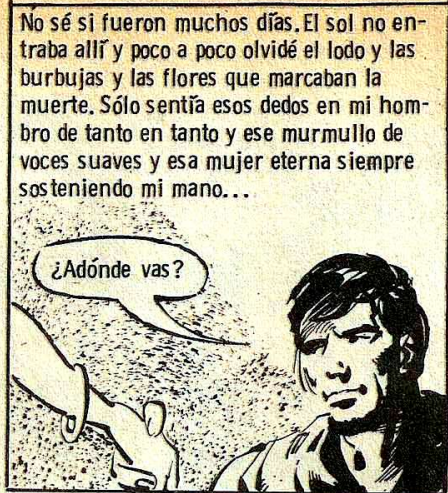


Y de pronto ella estuvo contra mi pecho, en el gesto inmemorial de las mujeres y los niños desconsolados que buscan un poco de calor y de refugio.

Oh, Nippur... Ha muerto...



Ha muerto...



¿Adónde vas?

No sé si fueron muchos días. El sol no entraba allí y poco a poco olvidé el lodo y las burbujas y las flores que marcaban la muerte. Sólo sentía esos dedos en mi hombro de tanto en tanto y ese murmullo de voces suaves y esa mujer eterna siempre sosteniendo mi mano...



A buscar corteza en tierra firme. Necesitamos fuego. Esperame aquí. No tardaré.

Ahora conocía los senderos de piedra y sabía moverme en ese lodazal que hubiera sido la muerte de cualquiera, ayudaba a la misteriosa gente a matar las alimañas que los amenazaban y dormía en los huecos de las cañas...



¿Y eso?

Otra vez. Era un grito. Y ese grito y esa voz eran míos. Un tambor de bronce retumbó en mi pecho...

¡Es ella!



Me lancé como un poseso por el lodazal, sintiendo mi sangre latir y estallar salvajemente. El fango se abrió en ondas a mi paso y mi espada salió silbando de su vaina barroca.



¿Dónde estás?



Pero...

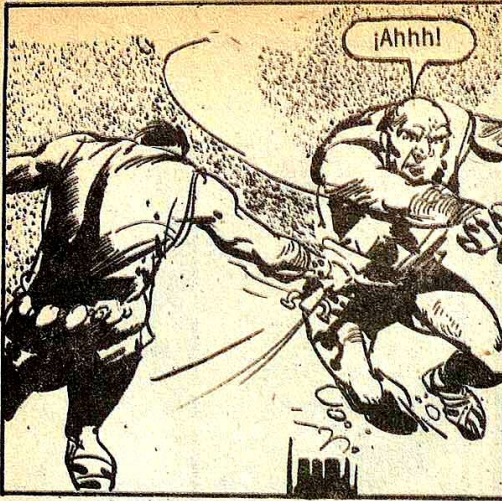


¡Ahhh!



Algo extraño había en ellos, una decisión tan terrible y tan feroz que por un momento tuve miedo. De pronto sentí que no habría fuerza humana o divina que los haría huir...

¡Matémoslo! ¡Ella es nuestra! ¡Matémoslo!



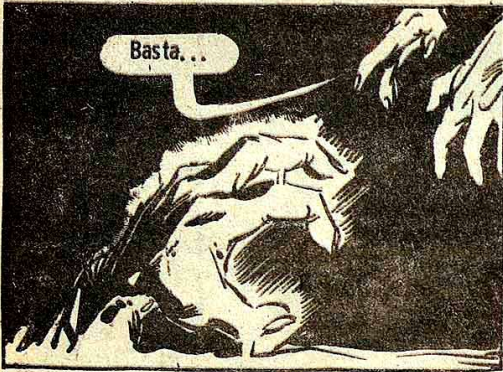
Pero ni la atroz herida lo hizo retroceder. Cojeando, vomitando sangre, maldiciendo, volvió otra vez al ataque.



El tercero cayó sobre mí como un lobo. Era mucho más pequeño que yo y más débil, pero una increíble locura parecía haberse apoderado de él y sentí sus uñas destrozando mi cuello...



Se debatió salvajemente pero yo sentía que no era el miedo a la muerte lo que lo empujaba. Quería vencer.



Y entonces la vi y lo supe... Oh, Dioses...



Era ennegrecedor verla y sentí mi pulso desbocarse. De pronto toda la historia del pantano se extendía clara y nítida ante mí como un metal bruñido.

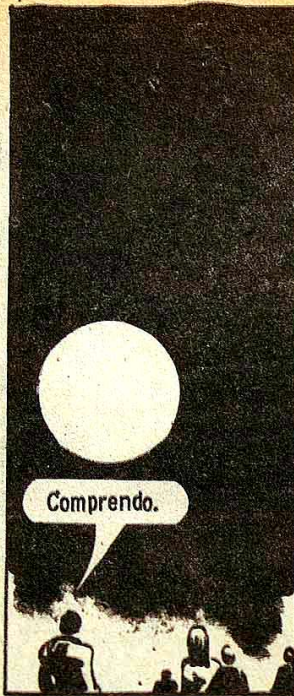


¿Ves, Nippur? ¿Lo ves ahora?

Ya lo sabes. Ya sabes por qué fuimos perseguidos y casi destruidos. Nuestra belleza fue nuestra perdición, no por nosotros que nunca tuvimos conciencia de ella sino porque despertó la envidia y la codicia de aquellos que nos rodeaban. ¿Comprendes?



Los rostros magníficos parecían arder en la noche como llamas de un fuego de pureza y eternidad. De pronto sentí que mi cuerpo y mi rostro eran, en comparación, una máscara tan grotesca como las que ellos usaran para cubrir el tesoro envenenado de su magnificencia...



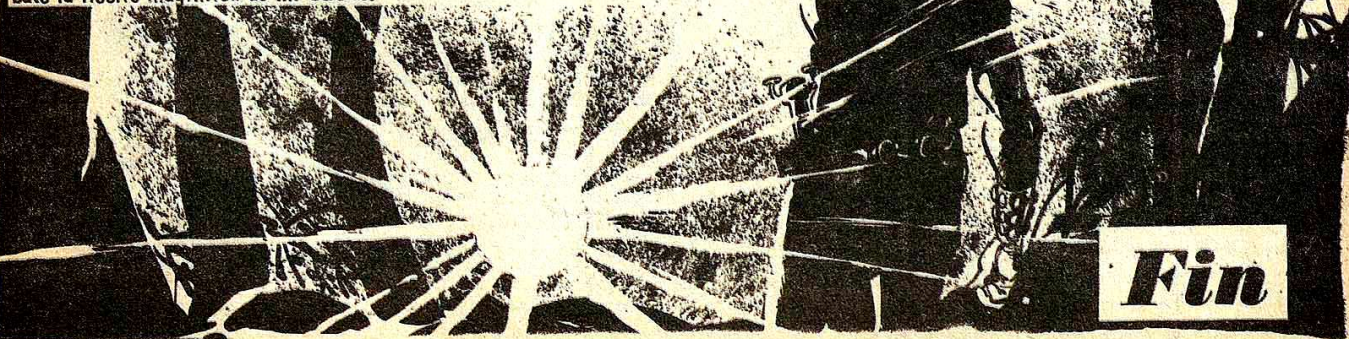
Ahora deberás irte, Nippur. Déjame volver a nuestro secreto. Debemos dejar que pase el tiempo. Tal vez algún día podamos salir de aquí, o tal vez nunca... pero ése es nuestro sino.



El nuestro... No el tuyo. No puedes unirte a nosotros porque para tí no hay razón...



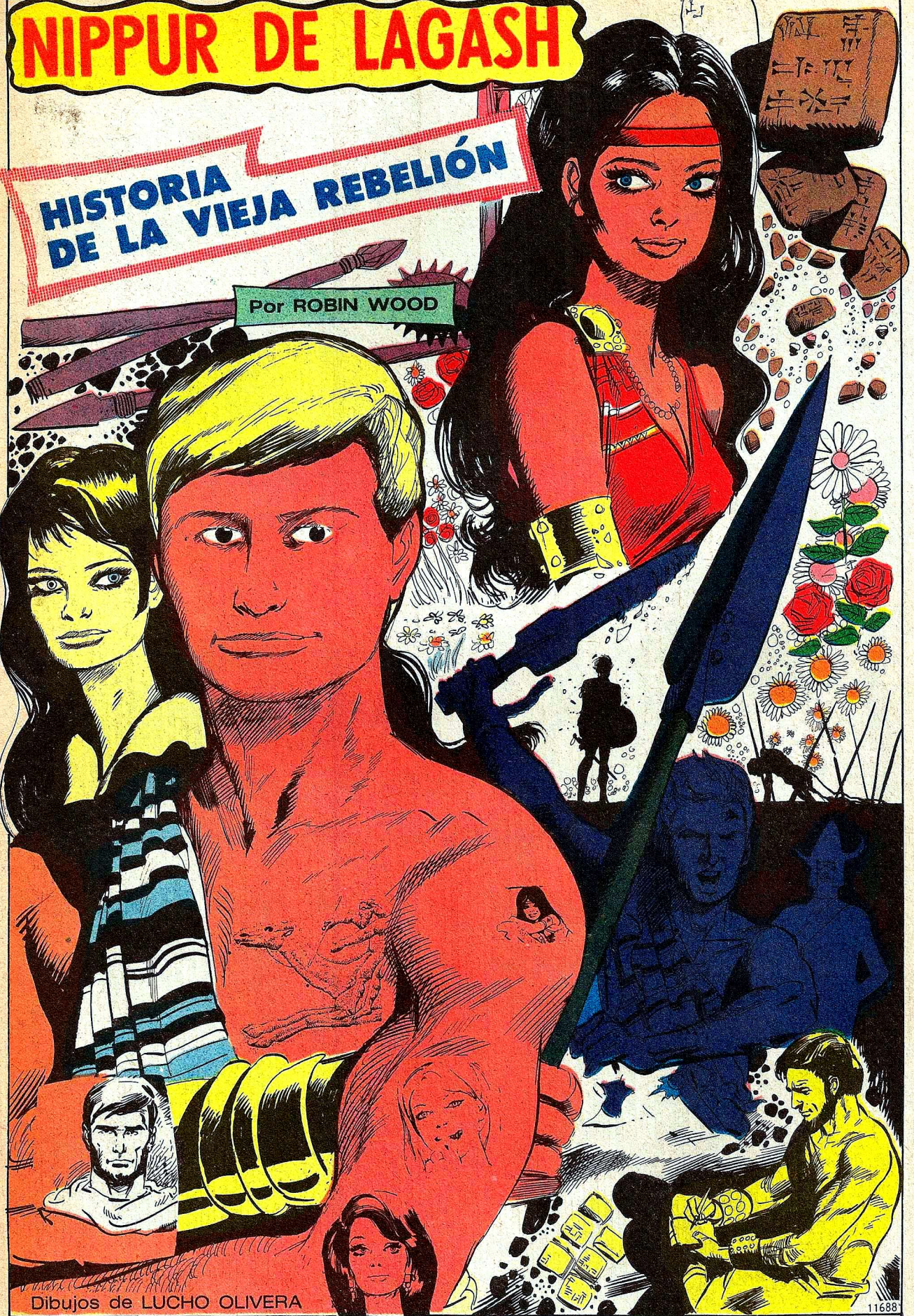
Así me descubrí en la luz de la mañana, pobre entre los pobres, a orillas de un pantano sin nombre, sollozando sobre una grotesca máscara de corteza a la cual yo había amado... Amigo que me oyes, ¡cómo odié aquel día, ese sol y esa luz absurda que me arrebató la noche magnífica de mi sueño!



NIPPUR DE LAGASH

HISTORIA DE LA VIEJA REBELIÓN

Por ROBIN WOOD

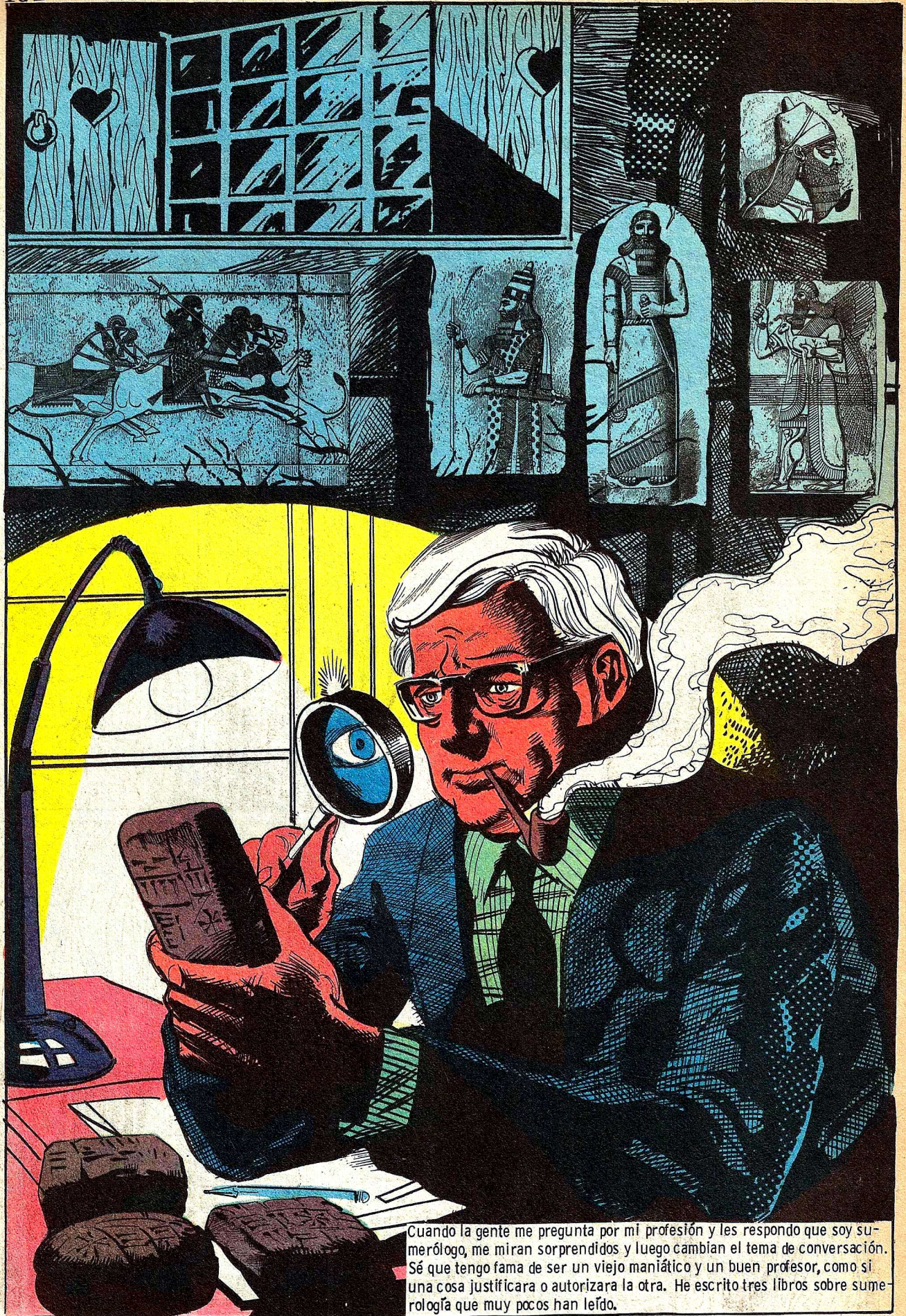


Dibujos de LUCHO OLIVERA

11688

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>



Quando la gente me pregunta por mi profesión y les respondo que soy sumerólogo, me miran sorprendidos y luego cambian el tema de conversación. Sé que tengo fama de ser un viejo maniático y un buen profesor, como si una cosa justificara o autorizara la otra. He escrito tres libros sobre sumerología que muy pocos han leído.

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

¿A quién le interesa Sumeria? En nuestra época turbulenta y veloz ¿quién quiere volver cuatro mil años atrás para echar un vistazo a una civilización cuyo rastro se ha perdido en el polvo de los milenios?



Y, sin embargo, qué dulces me suenan al oído esos nombres olvidados que, para mí, son más reales que todo lo que me rodea: Kish...Lagash...Umma...Kutalla...Larsa...Uruk...



Me gusta cerrar los ojos y pensar en esa época en que el Eufrates se llamaba Buranum y en que el hierro formaba aún parte del futuro.

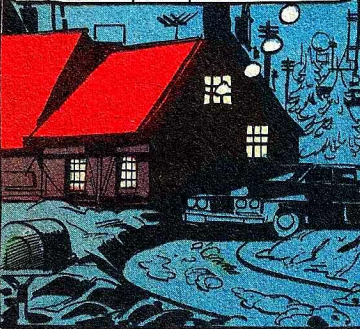


Sin cesar, mi estudio está atestado de tablillas de arcilla que debo traducir para los museos del mundo y es de esas tablillas de donde brota un misterio singular que me une a ese pasado perdido.

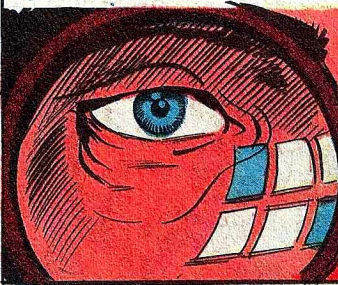


A veces traduzco tablillas en las cuales hombres muertos hace cuatro mil años han escrito cosas que en nuestros días no sorprenderían a nadie que ignorara su origen.

(Quien tiene mucho dinero es, sin duda, dichoso/ Quien posee mucha cebada es, sin duda, dichoso/ pero el que nada posee puede dormir.)



Ah, sí. A veces una sonrisa se me escapa ante lo poco novedoso de los nuevos problemas. En sus tablillas, incógnitos sumerios protestan contra los impuestos, el costo de la vida, contra los consejeros del rey y el mal humor de sus nueras, quienes en aquella época ocupaban el lugar que luego pasó a las suegras. No. No hay nada nuevo bajo el sol.



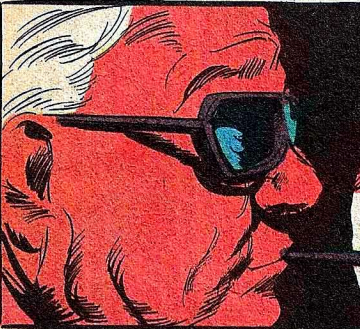
¿Y esas tablillas, profesor?

¿Hmmm?... Ah... ¿Esas...?



Estas son las tablillas que he ido reuniendo a través de los años sobre mi héroe favorito, Carla. Espero algún día poder tener la historia completa.

¿Quién es?



El príncipe Nippur de la ciudad de Lagash. Una especie de caballero andante de la época. A veces he pensado que tal vez no fue otra cosa que un héroe folklórico inexistente. Un fruto de la imaginación popular.



Pero lo curioso es que he hallado su nombre también en estudios de manuscritos y tablillas egipcias y cretenses. En Atenas se encontró su nombre grabado junto al de Teseo, el rey Eréctida, y todo eso me ha convencido de que realmente existió.

Y justamente acabo de recibir de mi buen amigo, el doctor Tabott una serie de tablillas sumerias traducidas, referente a la primera rebelión de esclavos de la que se tenga conocimiento en la historia... dos mil años antes de Espartaco.

¿Y esas tablillas mencionan a Nippur?

Miré a través de la ventana hacia el parque del colegio, ahora vacío y blanco de nieve. Hay un árbol allí y una vieja ardilla que de tanto en tanto aparece. A veces la veo.

Estas tablillas están escritas por él.

Allí está lo impresionante, Carla. No es que estas tablillas mencionen a Nippur.

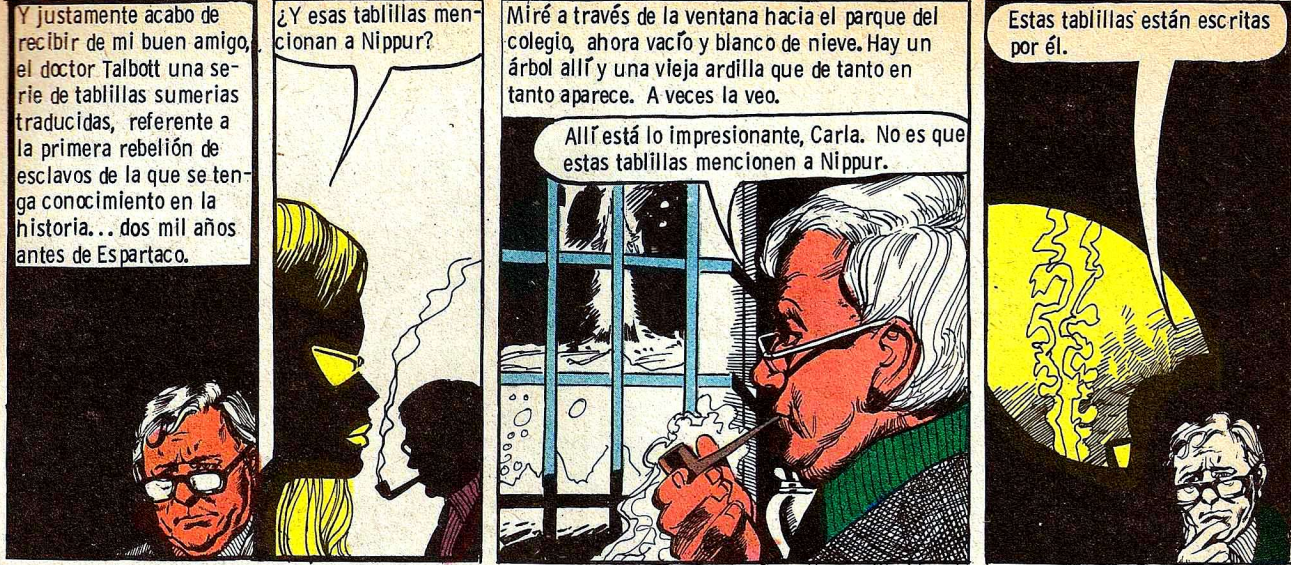
"Yo, Nippur, príncipe de Lagash, escribo esto para que quede un testimonio de la rebelión y la lucha de Idi-Narum, el esclavo, contra las grandes ciudades del país de los dos ríos. Una lucha, como un árbol, tiene su raíz y de ella nace el follaje y luego llega el fin, la destrucción y el polvo total."

Pero para que la historia de Idi-Narum sea recordada es que yo he escrito estas tablillas. Para que el que las lea, en la época que sea, sepa que la libertad ha sido siempre el fruto más anhelado de las siembras humanas y el menos cosechado.

Yo, Nippur, príncipe de Lagash, al que llaman "El Errante", relata esta historia para que los hombres no olviden.

En su país de montañas y aves de rapiña, más allá del Elam, el padre de Idi-Narum fue un guerrero de las tribus que viven de sus ovejas. Son guerreros ocasionales y se batan con piedras y lanzas con puntas de hueso.

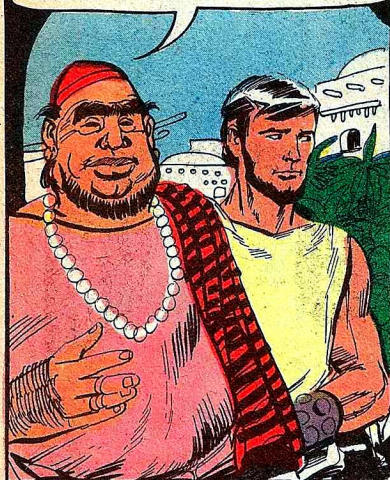
Un día, hombres de Uruk, la ciudad-de-la-puerta-roja, llegaron allí, más por accidente que por otra razón, y, como hombres prácticos que eran, decidieron que una cincuentena de esclavos sería una buena ganancia para justificar la expedición.



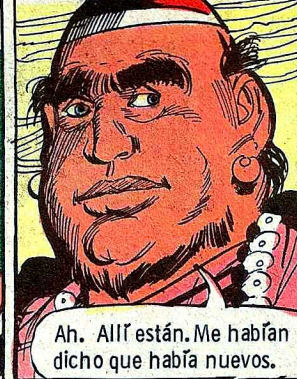
I di-Narum tenía nueve años y parecía mucho mayor a causa de su gran talla. Feroz como un gato, mordió, pateó y escupió mientras lo ataban. Uno de los soldados lo golpeó con su látigo y de allí surgió la cicatriz en la mejilla que lo marcó para toda la vida.



Ah, sí, Nippur. Ven conmigo al mercado. Debo comprar nuevos esclavos. Mis sembrados necesitan nuevas manos.



Mi amigo Emmeruk era un hombre rico y un respetado magistrado. Yo lo conocí en una época en que era flaco y ávido, pero el triunfo le había engordado el vientre y mejorado el humor.

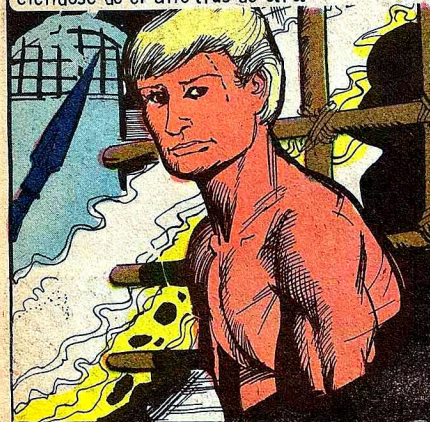


Ah. Allí están. Me habrán dicho que había nuevos.

¡Muévete, esclavo!

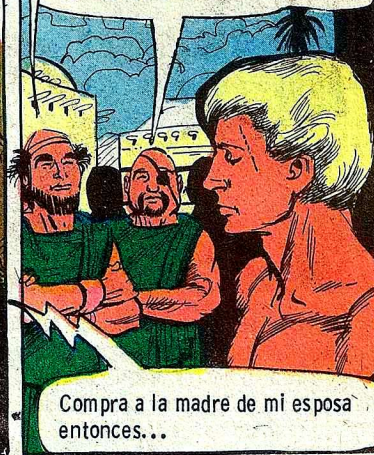


Por esa época, I di-Narum era ya un mozo crecido, duro como la piedra y fuerte como cuatro hombres. Su indomable rebeldía lo había enterrado en las minas y en las canteras; su espalda era una tela de araña de cicatrices y sus amos continuaban deshaciéndose de él uno tras de otro.



Me gusta ese muchacho. Parece muy fuerte.

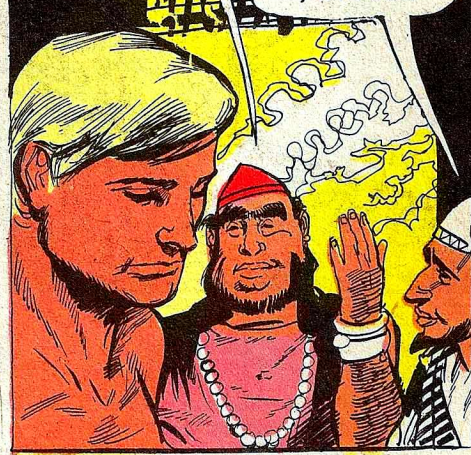
Sí. Y también parece inteligente. Eso no es bueno. El buen esclavo debe ser idiota.



Compra a la madre de mi esposa entonces...

Cinco piezas de oro por el joven.

¿Cinco? ¡Es tuyo, hijo de Samás!



Ven conmigo, muchacho. ¿Cómo te llamas?

Esclavo.



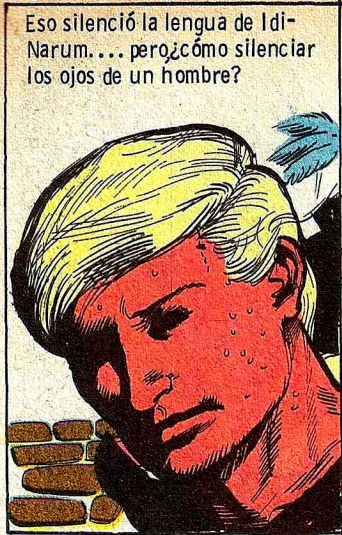
Eres inteligente, ¿eh? Eso me gusta. Y eres insolente. Eso no me gusta.

¿Me amenazas? Si puedes encontrar en mi espalda un sólo sitio donde marcar otra cicatriz serás afortunado.



No pienso fatigarme pegando latigazos como un verdulero. Una sola insolencia y te corto las manos.





Eso silenció la lengua de Idi-Narum... pero ¿cómo silenciar los ojos de un hombre?



Así entró a formar parte de la cincuenta de hombres de todas las razas que labraban los campos de Emmeruk. Emmeruk era un buen amo y cuidaba a sus esclavos, y éstos eran felices bajo su mano benévola. Todos, menos Idi-Narum.



¡Apúrate, esclavo!



¡Ah!



¡Al él, maldito sea!
¡Capturen a ese perro!



Fueron los mismos esclavos los que lo atraparon. Nadie es más feroz que aquellos que tienen miedo de ver peligrar su bienestar.

¡Hienas! ¿Defendéis vuestra propias cadenas?



Somos esclavos. Los dioses así lo han querido.

Los dioses están muy alto y ven mal lo que ocurre aquí. No hay dios que haya forjado yugos.



Veo que tu espalda tatuada no ha bastado, esclavo. Veo que buscas la muerte. Una mala manzana estropea las otras... a menos que nos deshagamos de ella. Y eso es lo que haré.



¿He hablado ya de Ininna? No. Ella era la gran debilidad de este hombre rico y cruel, mi amigo. Hija de la más joven de las esposas de Emmeruk, había traído un viento de frescura a la árida vida de su padre.

No lo dañes, padre.

No te metas en asuntos de hombres.



Me habías prometido un esclavo para que cuide mi jardín, ¿recuerdas? Pues bien. Dame éste.



¿Qué? Te prometí un esclavo, no una fiera. No, ¡No!

Mi pobre amigo creía aún que un hombre puede mantener su firmeza ante la terquedad de una mujer. Hubo lloros, pataleos, súplicas, lamentos... En fin, simplemente diré que I di-Narum terminó a cargo del jardín.

¿Te gustan mis flores?



Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

Un esclavo no opina sobre las posiciones de sus amos.

Te parece a mi padre en lo estúpido a veces. Ustedes, los hombres, pueden ser increíblemente infantiles.

Por favor, corta las ramas y las hojas secas de las plantas. Yo volveré luego para ver cómo lo has hecho.

Muy bien.

Cuando Innina volvió, Idi-Narum había terminado su tarea. Todas las plantas yacían en el suelo despedazadas. Una tormenta de fuego no habría hecho más daño.

El esclavo ha cumplido su tarea, señora.

Mis... mis flores...

¡Ve! ¡Dile a tu padre! ¡Que me azoten! ¡Que me decapiten! ¡Idi-Narum no es un esclavo! ¡Soy un hombre!

Soy un hombre.

¡Pero nada ocurrió. Nadie vino a buscar a Idi-Narum. Este esperó el castigo día tras día pero inútilmente. Cada día fue llevado al jardín pero la muchacha no volvió a aparecer.

(No ha dicho nada a su padre. Es evidente.)

Vaya. No parece ser muy buen jardinero, ¿eh?

No... pero soy bueno segando... especialmente con una espada.

Me gustaba ese salvaje y desesperado prisionero. Yo llevo marcas de cadenas en mis muñecas y de látigo en mi espalda, y sé que el aire puede tener sabor a vinagre para un prisionero.

Hay dos formas de enfrentar al mundo, amigo. Una es embistiendo ciegamente y rompiéndote ciegamente el cuello contra él.

Y el otro es dejar que el mundo se mueva y ponernos a su par y no en su camino. El toro es un animal fuerte, amigo, pero el zorro vive más años. Piénsalo.

Woodiana

(El zorro vive más. No es una frase tonta. No.)

Desde ese día se ocupó conscientemente del jardín, reparando los destrozos que él mismo causara. Cejijunto, callado, sombrío, trabajaba sin un instante de pereza como si de pronto hubiera despertado en él una urgencia desesperada.

¿A qué se debe este cambio?

¿Eh?

No respondió y simplemente continuó con su tarea. Tras un momento de vacilación, Ininna comenzó a ayudarlo y aconsejarlo.

(Creo que el testarudo Idi-Narum ha decidido que un poco de paz no lo dañará.)

Háblame de tu país.

No hay mucho que decir. Sólo recuerdo las montañas y las águilas volando muy alto. Un día mi padre me regaló un cuchillo. Fue su último regalo.

¿Tienes mujer?

No. Tu padre me ofreció algunas para que tenga una familia pero no quiero.

¿No? ¡Qué raro...! La mayor parte de las muchachas de mi padre dejan caer las ánforas de sus manos cuando te ven.

Lamento el gasto de ánforas pero aún no me parece buena razón para tomar mujer.

Y en la noche, cuando todos dormían, Idi-Narum continuaba despierto, rodeado de los esclavos jóvenes. Los viejos nunca lo hubieran seguido. Ellos pertenecían al amo de una manera irrecuperable.

... y los demás esclavos se nos unirán. Muchos de ellos han sido guerreros y una vez armados...

¿Qué haremos con nuestros enemigos?

Sólo hay una solución. El que nos enfrente debe ser destruido. La menor benevolencia sería debilidad.

¡Ah!

¿Qué ha ocurrido?

Woodiana

Mira. Me he clavado una espina.

Déjame sacarla.

¡Ininná se estremeció cuando sintió la boca dura de Idi-Narum sobre su mano y de pronto comprendió que algo había cambiado en el aire y en el mediodía de flores.

Y también lo sintió él, tal vez la pequeña tortura de esa mano blanca, o esa gota de sangre sobre su palma o el contacto de sus pieles. Tal vez todo junto llevó a ambos al despertar de una realidad.

(Vaya... ¿Y eso? Creo que más vale que me largue de aquí.)

Una voz como un bramido sobresaltó a los jóvenes.

¡Aquí, guardias!

¡Padre! ¡Por favor!

¡Calla! He cometido un error pero lo repararé de inmediato. Llévenlo al campo y mátenlo.

Padre... No... por favor... Yo... Yo... Yo lo amo.

¡Cállate!

Los otros esclavos vieron cuando los guardias sacaron a la rastra a Idi-Narum y enseguida comprendieron lo que iba a ocurrir. Los viejos se encogieron de hombros.

Pero los jóvenes que lo habían escuchado noche tras noche en las tinieblas y que habían meditado sin cesar en sus palabras bajo el sol, comprendieron que había llegado el momento del agua o del fuego. Y fue fuego.

¡A ellos! ¡Salvemos a Idi-Narum!

Siempre fue un rebelde. Tenía que terminar así.

¡Ahhhhh!

¡SOOCK!

Los guardias estaban preparados para luchar con un rebelde pero no con treinta. Los instrumentos de labranza fueron buenas armas. La sangre voló en el aire a chorros.

¡Soltadme!

Pero la locura se había desatado. Los jóvenes olvidaron a su líder y con las manos humeantes de sangre corrieron a la casa aullando como locos. Se oyeron gritos.

No... No...

Y no estuve allí pues había ido a visitar a amigos y volví esa noche. Al principio no creí lo que veían mis ojos pero...



(Todos muertos. Evidentemente mataron a los esclavos que no quisieron unirse a ellos.)

(Es curioso. Entre las flores hay una tumba... Es el único cuerpo que ha sido enterrado. Tal vez fue...)



(Sí, debe haber sido él)



Idi-Narum lanzó su grito de rebelión sobre Sumaria y centenares de hombres se sumaron a él, esclavos la mayor parte pero también bandoleros, furtivos, los malditos que buscan el botín fácil y los dementes que buscan la sangre.



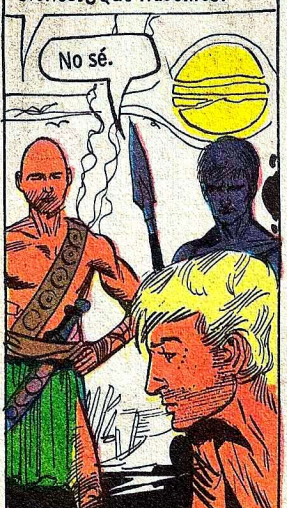
Atacó las casas de los ricos que viven fuera de los muros de las ciudades y liberó a sus esclavos. Pero, al irse, los soldados llegaron y masacraron a los liberados, quienes murieron maldiciendo a Idi-Narum por haberles traído solamente desgracia y sangre.



Su llamado a la rebelión llegó a oídos sordos, pues la mayor parte de los esclavos eran bien tratados, vivían bien y luego de cierto tiempo podían comprar su libertad. ¿Para qué arriesgar esa tranquila seguridad por una locura de espadas, hambre y muerte?

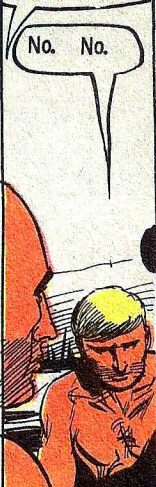


Casi no nos quedan provisiones. ¿Qué hacemos?



No sé.

Deberíamos pactar con las ciudades.



No. No.

No es posible que perdamos. Los esclavos deben rebelarse. Deben luchar por su dignidad.



Se lucha solamente por llenar el estómago. Y el de los esclavos está lleno mientras que nosotros masticamos dignidad, digerimos dignidad y nos moriremos de hambre y dignidad.



No pactaré.

Las ciudades decidieron acabar con esa amenaza y enviaron tropas de todas partes para que persiguieran a los rebeldes sin cesar, jinetes rojos de Uruk, jinetes azules de Ur, jinetes azules de Umma. Flecheros de Larsa. Degolladores de Kutalla. Todos a la caza de los rebeldes.



Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

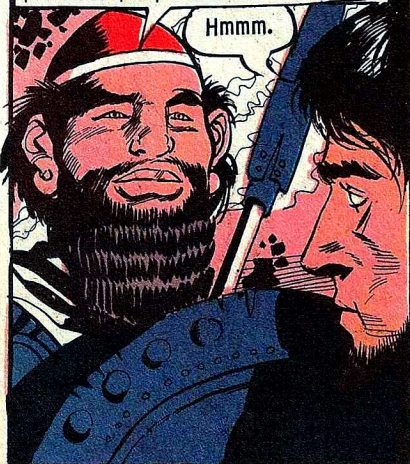


Hemos encerrado a los rebeldes de Idi-Narum cerca del Buranum pero no queremos librar batalla. Sería algo inútil y sólo provocaría muertes innecesarios. Sabemos que tú lo conociste y queremos que hables con él.

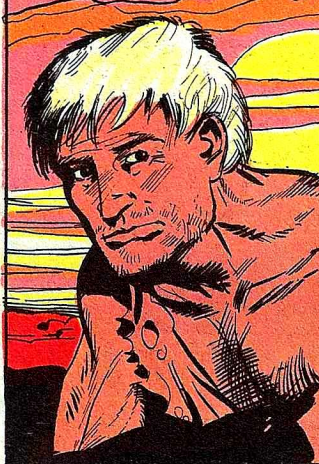
De acuerdo. Lo haré.

¿Nippur?

Me costó reconocerlo. Su rostro estaba envejecido y amargado, y sus cabellos grisáceos, y sin embargo era mucho más joven que yo. Sus hombres estaban famélicos y harapientos.



Hmmm.



Los soldados piden que te rindas. Que no hagas matar a tu gente inútilmente.

¿Inútilmente? ¿Qué saben ellos lo que es inutilidad?



Yo soy un experto en ello, Nippur. Toda mi vida ha sido una cadena de inutilidad desde mi nacimiento hasta ahora. Y si me rindo, hasta mi muerte sería inútil. La inutilidad de mis actos llevó a la muerte a Ininna. Ininna... No. No quiero una muerte inútil, Nippur. Sería demasiado.



Mis hombres se rendirán. Yo no. Yo lucharé hasta el fin. Yo lucharé hasta que me maten. Vuelve y dílo.



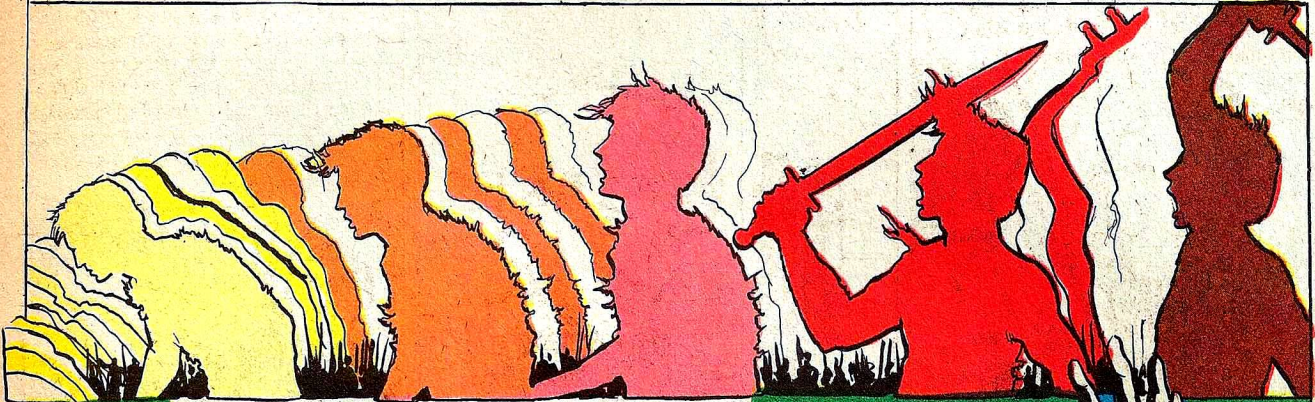
En la mañana, los rebeldes llegaron en grupos y se fueron rindiendo. Los soldados los encadenaron y mataron a algunos, no muchos, pues planeaban venderlos y sacar un gran beneficio con ellos.



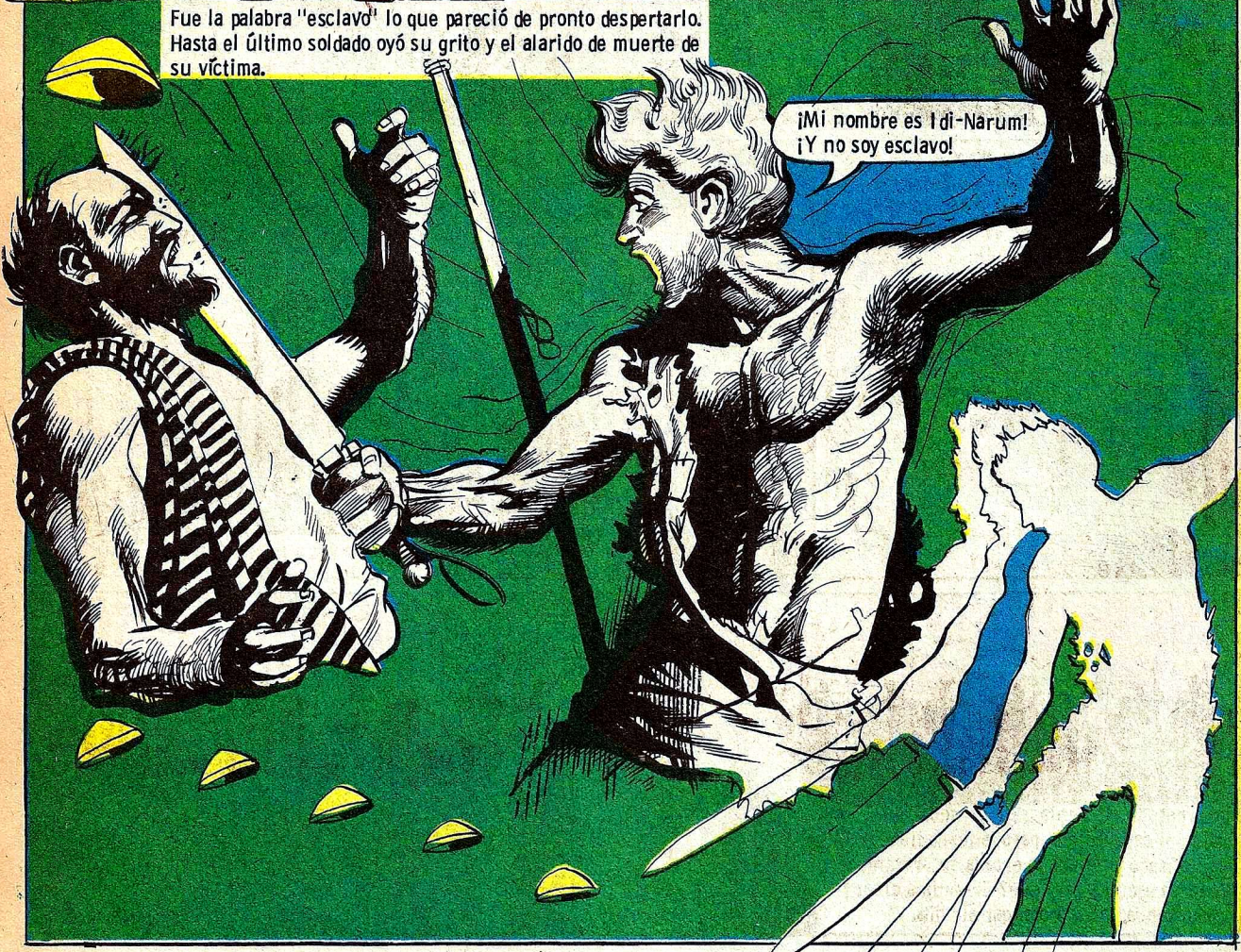
De pronto lo ví. Venía a pie ya no le quedaba ni caballo con paso lento de hombre cansado y llevaba la espada en la mano. No tenía escudo, para qué? El venía a crear una leyenda, no a prolongar su vida.

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>



Fue la palabra "esclavo" lo que pareció de pronto despertarlo. Hasta el último soldado oyó su grito y el alarido de muerte de su víctima.



Corrió hacia los soldados gritando.



¡No soy esclavo!
¡Mátenme!

De pronto tropezó con algo y cayó. La espada voló lejos de él...



... y, antes de darse cuenta, ya varios soldados habían saltado encima suyo y lo habían maniatado.



¡No!

Pónganlo en la fila con los otros. No vale gran cosa pero lo podemos vender en las minas. Allí siempre necesitan gente. Y amordácnlo para que deje de gritar.



No. No otra vez...



Miró a su alrededor con ojos desesperados pero nadie le prestó atención. Era un esclavo, ¿y a quién le interesa lo que piensa o siente un esclavo? Entonces me vió.

(Nippur...)

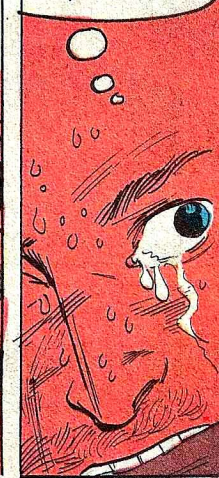


Aparté los ojos de él. No podía soportar la visión de su rostro sucio de polvo donde las lágrimas trazaban grotescos arabescos y sus ojos desorbitados trataban de gritar la angustia que su boca no podía.

(No... No...)



(Mi muerte. Me la han robado. Oh, no...)



No es la historia de una gran rebelión. No hubo mucha gloria ni mucha proeza. Hubo, eso sí, como en todo hecho humano, mucho error, mucha torpeza y mucho sudor. Casi nadie recuerda esa pobre rebelión.



"Tal vez yo soy el único. Tal vez no quiero que la olviden, porque si las pequeñas rebeliones son olvidadas, irán creciendo de volumen y un día destrozarán nuestro mundo y harán temblar a los dioses en sus lejanas moradas."



Yo, Nippur de Lagash, he relatado esta historia para que los hombres no olviden."



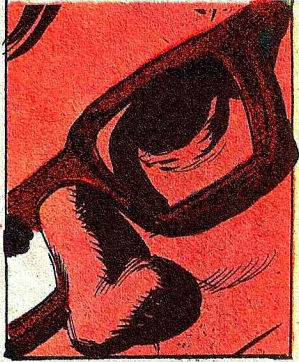
Es de noche, y a través de la ventana de mi estudio veo la nieve brillante bajo la luna y el árbol negro contra la blancura. La vieja ardilla debe dormir en su interior. Estoy solo en el mágico silencio de la noche.



Pienso en este hombre de otras épocas que sufrió dudas tan mías y cuya incertidumbre me resulta tan comprensible. Pienso en él como en un viejo amigo al cual veré en cualquier momento... tal vez caminando en la nieve, cerca del árbol negro.



Y de pronto recuerdo que él, su tierra, su leyenda, todo está tan lejos de mí como la más lejana estrella del universo y una profunda melancolía me llena el alma de silencio.



Sobre mi escritorio las antiguas tablitas semideshechas parecen reverberar con un viejo, viejísimo calor.

fin

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>